

Relaciones Diplomáticas entre la Nueva España y el Japón

Selección y Notas
de

FRANCISCO SANTIAGO CRUZ



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1964

Derechos © Reservados
por Francisco Santiago Cruz,
con domicilio en Medellín 265.
México 7, D. F.

F1228
5

J3534

PRIMERA EDICION

Mayo de 1964.—2,000 ejemplares en Rotopipsa y 100 en Fiesta

EDITORIAL JUS, S. A.

Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero
México 3, D. F.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

NOTA PRELIMINAR

El 14 de enero de 1905 el señor C. A. Lera, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en el Japón y China, envió al señor licenciado Ignacio Mariscal, por entonces ministro de Relaciones Exteriores, un informe o estudio de las "Primeras Relaciones Oficiales entre el Japón y España tocantes a México". Asienta el señor Lera en las primeras páginas de su trabajo:

"La escasez de datos, en orden a las relaciones que existieron en el siglo XVII entre México y el Japón, ha impedido hasta hoy a cuantos han escrito nuestra historia de esa época, determinar exactamente el origen y el móvil de esa antigua correspondencia entre pueblos tan inciertos y distantes en sí.

Escritos en japonés los principales testimonios y encerrados, además, en los archivos de este Imperio, no era fácil acudir a las únicas fuentes que fructuosamente podían consultarse.

Deseoso de obviar este inconveniente, que imposibilita fijar un punto de la historia nacional, he procurado, después de una larga y prolija indagación, relatar aquel suceso en las adjuntas apuntaciones, que he apoyado en noticias y documentos oficiales enteramente inéditos, sacados de la Nihon Shogyoshi (Historia del Comercio Japonés)".

Con la ayuda del P. M. Steichen, sabio misionero e historiador, el señor Lera consultó también los siguientes archivos:

Nagasaki Jitsuroku (Archivo auténtico de Nagasaki).

Todai Zakki (Anales diversos de esta época. Era de Keicho).

Keicho Menroku (Archivos de la era de Keicho).

Keicho Nikki (Diario de la era de Keicho).

Ikoku Nikki (Diario acerca de los países extranjeros).

Keicho Kembunroku (Compilación de los sucesos de la era de Keicho).

Además de estos archivos se sirvió de dos obras importantes: *Les Daymio Chrétiens ou Un Siècle de l'Histoire Religieuse et Politique du Japon (1549-1650)* del P. M. Steichen y *La Histoire de la Religion Chrétienne au Japon*, de León Pagés.

Para el trabajo que publicamos nos hemos servido principalmente, además de las obras citadas en la bibliografía, de las *Noticias Históricas de las Relaciones Políticas y Comerciales entre México y el Japón, durante el siglo XVII*, de don Angel Núñez Ortega, publicadas en el *Archivo Histórico Diplomático Mexicano en 1923* y de las *Primeras Relaciones Oficiales entre el Japón y España, tocantes a México*, del Sr. C. A. Lera.

INTRODUCCION

*El reino del Sol Naciente.—El shogunato de los Tokugawa.—Otros pormenores que
basta.*

EL REINO DEL SOL NACIENTE

Mientras los españoles se adueñaban de las islas Filipinas y los lusitanos de las Molucas, principiaron a llegar al Japón los primeros europeos. En 1542 tres navegantes portugueses arribaron a una de las islas más meridionales del Japón en un junco chino, obligados por una tormenta, al intentar un viaje de Siam a China. Los nativos los recibieron de buena manera y les dieron una nave para proseguir su viaje. En prueba de su agradecimiento los europeos regalaron a las autoridades de la isla un arcabuz. Cinco años después esta arma era de uso general en las islas. En 1545 visitó al Japón un mercader portugués, como preludio del comercio que tiempo después habría entre Nagasaki y las colonias portuguesas del Extremo Oriente.

Sin duda alguna que el europeo más ilustre que llegó al Japón por aquella época fue San Francisco Javier, que arribó en compañía de tres jesuitas y de Yaguiro, su primer neófito japonés. Su labor de predicación por el gran Imperio de 1549 a 1551, es sin duda una de las hazañas más grandiosas que se conocen del heroísmo cristiano. A él se debe la fundación de las iglesias de Hirado y de Yamaguchi.

A partir de 1580 llegó al Japón un mayor número de comerciantes y de misioneros, tanto portugueses como españoles, que lograron

muchas conversiones al cristianismo, no únicamente entre la gente del pueblo, sino también entre los nobles.

En 1573 terminó la dinastía Ashikaya, emperadores que poco o nada hicieron por su pueblo, dada la vida que llevaban de completo aislamiento. A partir de entonces y hasta fines del siglo XVI, el Japón estuvo gobernado por dos dictadores, que trataron de imponer la paz en su país, víctima de las guerras civiles. El segundo de ellos, de nombre Hideyoshi, impuso su autoridad en 1590, y con ello trajo para el Japón una era de progreso. Fundó la ciudad de Yedo, la actual Tokio. Amante de la ostentación y del lujo, se hizo construir uno de los palacios más ricos que se hayan levantado en el Japón.

"El techo era todo de oro y despedía tal resplandor que podía ser tomado como una especie de sol terrenal, que en cierta manera obscurecía la luz del cielo" (VIII).

En las inmediaciones de este palacio surgió la ciudad de Osaka, gran centro comercial e industrial.

Hideyoshi favoreció la agricultura y el comercio e hizo acuñar moneda de oro y de plata. Su genio de gobernante dio a su país una era de progreso. Guerrero al fin, no se contentó con la vida de palacio, ni con sus asuntos de estado: cayó en la ambición de querer conquistar a China. Y allá fue con sus guerreros y con sus naves a dar una y más batallas, pero todo fue inútil. En seis años de lucha no logró avanzar tierra adentro. Los ejércitos chinos caían sobre sus huestes como langostas. Viendo que sus ambiciones fracasaban ante aquella muralla humana, volvió a su palacio a entregarse a otras actividades menos sangrientas y peligrosas que luchar contra los chinos.

A su regreso Hideyoshi recibió a un embajador de Su Santidad, el cual

"fue recibido con grandes honores y se alojó en uno de los principales palacios de Kioto. Un alto funcionario de la corte fue a buscarle para que fuera recibido en audiencia. Coches y caballos con brillantes arneses

fueron puestos a la disposición del enviado y de su séquito. Hideyoshi, vestido de brocados constelados de perlas, estaba sentado en un elevado trono bajo un balaustrado, cubierto de escogidos tapices chinos. En torno de toda la sala, cuyas paredes estaban incrustadas de oro formando dibujos de maravillosos pájaros y peces, estaban los principales oficiales del estado mayor" (VIII).

Hideyoshi demostró al embajador cierta simpatía por el cristianismo, pero cuando supo que la nueva religión no le permitía conservar sus trescientas mujeres, ni que a su muerte fuese declarado dios, cambió de parecer y persiguió a los cristianos en el año de 1587.

EL SHOGUNATO DE LOS TOKUGAWA

A la muerte de Hideyoshi fue erigido de nuevo el shogunado. Surgió entonces la figura de Ieyasu, que gracias a su sagacidad y ambición y al hecho de pertenecer a una familia noble, la de los Tokugawa, logró que el nuevo emperador lo nombrara shogú o primer ministro. Dueño ya del gobierno, entre sus primeros actos estuvo uno verdaderamente reprochable: el de dar muerte al pequeño hijo de Hideyoshi. No se detuvo ahí, mandó destruir el rico palacio de Osaka y persiguió a la viuda de Hideyoshi. ¿Qué motivos tuvo para ello? Lo ignoramos. Quizá trató de asegurar para él y para sus descendientes el cargo de shogú.

A partir de 1605 Ieyasu aparentemente se alejó del gobierno, dejando el puesto de shogú a su hijo Hidetada. Ieyasu se dedicó al estudio y llevó a la práctica el sistema económico y social que había de tener su país hasta mediados del siglo pasado.

Por entonces había en el Japón dos grandes divisiones sociales, la nobleza y el pueblo. Para el ceremonial del palacio el emperador se hacía rodear de cierto número de nobles conocidos con el nombre de "ruges", que si bien carecían de riquezas, disfrutaban de grandes privilegios por estar al servicio directo del emperador. Había otra clase de nobles, los daimios o señores feudales, que gober-

naban a su completa voluntad grandes extensiones de tierra y en ocasiones provincias enteras. Tenían sus propios ejércitos, cobraban tributos y eran dueños absolutos del territorio en que gobernaban. Sentían gran desprecio por los trabajos manuales y tan sólo consideraban dignos de su rango el sacerdocio y el ejercicio de las armas. Las luchas entre ellos eran frecuentes, bien fuese para aumentar su riqueza o bien para ejercitar a sus tropas. A los daimios sólo los ligaba entre sí la obediencia al emperador y al shogú.

Cuando un daimio hacía una visita al shogú, o bien marchaba a la guerra,

"el solemne séquito abandonaba el patio del castillo, yendo adelante los alabarderos y abanderados, con las armas representadas en las banderas. Detrás venían los guerreros a caballo, vestidos con sus cotas de malla, los infantes, que conducían los caballos cargados de vestidos de repuesto, los utensilios de cocina y otras cosas, todo cuanto un señor de importancia debía llevar consigo. Luego venía el propio Daimio, cómodamente reclinado en una silla de mano, decorada con aplicaciones de oro. El pueblo, a quien los correos que le precedían apartaba como un rebaño de ovejas, se postraba en el polvo a ambos lados del camino hasta que el daimio hubiese pasado" (VIII).

OTROS PORMENORES

La nobleza inferior la constituían los samurais, que podían ser médicos, sacerdotes y en su mayoría guerreros que montaban guardia a la puerta de los castillos de sus señores los daimios. Le acompañaban en sus séquitos y eran sus cortesanos más cercanos. Estaban exentos de impuestos y disfrutaban de privilegios concedidos por su señor. Usaban dos espadas, una larga y puntiaguda para atacar al enemigo, y la otra corta, destinada a quitarse la vida abriéndose el vientre en la ceremonia del "harakiri", cuando ofendido su honor, no pudieran vengarse. El shogú Ieyasu favoreció esta casta, pues entre sus disposiciones estuvo esta orden que les dio un sitio preponderante:

"Los samurais son los señores del pueblo bajo. Agricultores, artesanos y comerciantes no deben mostrarse groseros frente a los samurais. Y nadie puede proceder contra el samurai que haya dado muerte a un hombre que no se ha portado con él como debiera" (VIII).

En el orden social venía después el pueblo, formado por los agricultores, los artesanos y comerciantes, por los pescadores, por quienes se dedicaban a diversos trabajos manuales. Conglomerado que a pesar de las cargas que sobre él pesaban, gozaba de las ventajas de una sociedad organizada y podía disfrutar en paz de sus propiedades.

"Los japoneses eran un pueblo alegre, muy inclinado a la risa, que miraban la vida por el lado más agradable. En sus hogares eran siempre felices y, fuera de ellos, el menor placer les parecía grandioso. Más que nada gozaban de la belleza con que la naturaleza les regalaba con generosa mano" (VIII).

El emperador o mikado en la época del shogunato de los Tokugawa, vivía con su corte en Kioto, que por este motivo era vista como ciudad sagrada. Allí tenía su palacio y a los nobles que estaban a su servicio. Cerca de su mansión poseía un bosque en donde solía retirarse para disfrutar de una mayor soledad o para estar más lejos del mundo. Tan sólo el shogú podía conversar con él, pues aun a los mismos daimios les estaba prohibido hablar con el emperador. De aquí que fuese considerado por el pueblo como una divinidad.

La residencia del shogú estaba en Yedo. Más bien que un palacio o sitio de retiro, era un castillo majestuoso rodeado de gruesos muros y torres, donde vivía con un gran número de caballeros dispuestos a dar la vida en defensa de su señor.

"Cuando el shogú abandonaba el castillo era escoltado por un numeroso séquito de cortesanos y caballeros vestidos de ricos trajes de seda. Se cerraban las calles al tráfico, alejando de ellas cuanto pudiera ofender a sus ojos. Desde dos días antes no podía encenderse el fuego, a fin de que el cielo no se oscureciera por el humo. Todas las ventanas de

las casas tenían que cerrarse a fin de que nadie pudiera aventurar sus miradas. La gente que pasaba se inclinaba profundamente hasta tocar la tierra". (VIII).

Durante el shogunato de los Tokugawa fue cuando la cultura china ejerció mayor influencia en el Japón. Fue cuando el confucionismo se posesionó del alma japonesa, pasada ya la brillante época del budismo. La nueva doctrina no se detuvo en la corte de Yedo, penetró en la manera de pensar del pueblo por medio de una instrucción elevada. De aquí que varias cualidades del pueblo chino pasaron también al japonés.

Capítulo I

COMERCIO CON LAS FILIPINAS

La sagacidad de los nipones.—Minamoto Ieyasu del Japón, a su señoría el gobernador de Luzón.—Minamoto Ieyasu del Japón, se dirige respetuosamente a su señoría el gobernador de Luzón.—Don Rodrigo de Vivero.—A Ogoshosama, señor del Japón.—Al señor Sei Tai Shogú Minamoto Hidetada.—Minamoto Ieyasu a su señoría el gobernador de Luzón.—El Sei Tai Shogú Hidetada del Japón, a su señoría el gobernador de Luzón.—Minamoto Ieyasu del Japón a su señoría el gobernador de Luzón.—Una visita inesperada.

LA SAGACIDAD DE LOS NIPONES

En 1565 el viaje de fray Andrés de Urdaneta de un puerto de la isla Cebú al de Acapulco, conquistó para la Nueva España la dependencia cultural y económica del lejano archipiélago. No tardó en establecerse la comunicación marítima entre puertos tan distantes al través del océano Pacífico, por medio de una línea de navegación única en el mundo, tanto por la distancia recorrida como por los peligros que sorprendían a las naves que se aventuraban por el océano, en un viaje que solía tardar de cinco a seis meses.

Las naves abandonaban la bahía de Manila de mediados de julio a principios de agosto, cuando ya el monzón del suroeste se había establecido. En su ruta a seguir por el cabo de Bogueador, que es la punta más septentrional de la isla Luzón, los galeones se aproximaban a las costas del Japón. Más de una ocasión sucedió que las tormentas hicieran naufragar a estas frágiles embarcaciones, o bien que las obligaran a buscar refugio en la costa del Japón. En

su viaje a Acapulco las naos solían subir más allá de los 35 grados de latitud norte, para acercarse a las costas de California.*

Para la sagacidad de los ricos señores que gobernaban al Japón, no pasaba inadvertida la riqueza que llevaban las naves y la importancia del floreciente comercio entre las Filipinas y la Nueva España. Por lo cual los nipones trataron desde los primeros años del siglo XVII de que las naves en su viaje a Acapulco hicieran escala en algunos de sus puertos. Esto dio lugar al envío de embajadores para pedir a las autoridades españolas de Manila relaciones comerciales, bien fuese de manera directa o por mediación de las naos en su viaje a Acapulco.

Entre los gobernantes nipones de aquella lejana época que más visión política y comercial tuvieron, estuvo Ieyasu, que a principios del siglo XVII era gran señor o shogú. En 1601 envió a Manila a Shinkiro, comerciante de Sakai, con ricos presentes y una carta al gobernador español pidiendo relaciones comerciales entre Filipinas y el Japón.

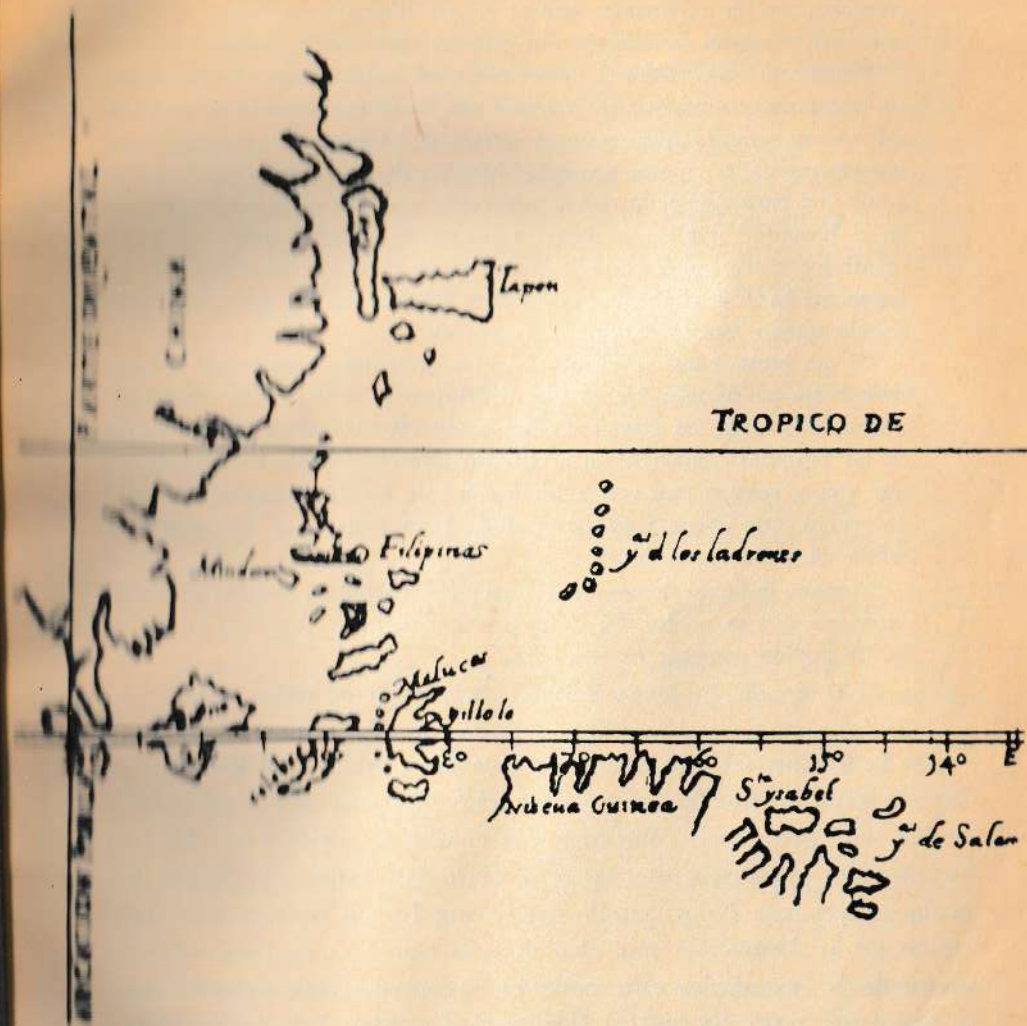
Shinkiro llegó a Manila y presentó sus cartas credenciales y los ricos regalos que llevaba. Como respuesta a su embajada obtuvo la promesa de que serían estudiadas las proposiciones de Ieyasu. Y el gobernador le pidió llevase al Japón ricos presentes para el shogú.

Regresó Shinkiro a informar de su embajada. Ieyasu lejos estuvo de desanimarse al no conseguir de inmediato relaciones comerciales con el archipiélago filipino. Un año después, en 1602, envió otro embajador a Manila, el cual presentó al gobernador la siguiente carta:

MINAMOTO IEYASU DEL JAPÓN, A SU SEÑORÍA EL GOBERNADOR DE
LUZÓN

“Vuestro enviado, después de un largo viaje, ha llegado por fin con vuestra carta; me ha hablado del gobierno y del estado floreciente de

* Para conocer la aventura de las naves al Oriente, leer *La Nao de China*, del mismo autor de esta Relación: No. 113 de *Figuras y Episodios de la Historia de México*.



Mapa de las Filipinas y del Japón, publicado en la Descripción de las Indias Occidentales de Antonio de Herrera. Madrid 1601.

vuestro país, entregándome al mismo tiempo los cinco objetos que, como presente, os habéis dignado enviarme.

“Bien que no tenga la honra de veros ni de oíros, vuestra amable conducta me da a entender que el género humano no forma más que una sola y misma familia, lo que me ha fuertemente conmovido.

“Nada satisfaría tanto mis deseos como ver bajeles mercantes poniendo en frecuente comunicación a mi país con la Nueva España. Y al sentir así no me mueve únicamente el interés del Japón, sino que de igual manera me incita vuestro provecho. Muchos de los vuestros me han afirmado que para ellos sería una considerable ventaja contar con un puerto en el Kwanto¹ que diera abrigo a sus naves en las borrascas, e igualmente me han manifestado el gusto con que verían a las embarcaciones japonesas hacer el viaje entre el Kwanto y la Nueva España. Con grande anhelo quedo esperando vuestra respuesta.

“Si me prestáis este servicio, a mi vez prohibiré severamente la piratería hasta en las más lejanas islas del Japón y, si lo deseáis, condenaré a muerte a todos los piratas. Podéis hacer ejecutar a los japoneses que en las Filipinas contravengan a vuestras leyes, y si entre los negociantes que van a vuestro país con autorización mía los hay rebeldes a vuestra autoridad, que conozca yo sus nombres para impedir en lo sucesivo la salida de sus embarcaciones.

“Aunque indignas de vos, servíos aceptar en señal de amistad las armas japonesas que os remito. De viva voz mi enviado os dirá todo lo que yo no he podido expresar en esta carta”.

El 8º mes del 7º año de Keicho.² (Septiembre de 1602) (VI).

De la lectura de este documento es fácil deducir el interés que Ieyasu tenía en que las naves españolas hicieran escala en alguna de las ocho provincias contiguas a la ciudad de Yedo y que las embarcaciones japonesas intentaran el viaje del Japón a la Nueva España y viceversa. No se puede negar que Ieyasu tuviera una clara visión de los beneficios que el comercio traería a su país. Mas de parte de los españoles esta petición encontró cierta desconfianza, a pesar del tono en que el documento estaba redactado. Había motivos para ello. Más de una nao al naufragar o acercarse a las costas del Japón había sufrido el asalto de los nipones. En 1596 el

¹ Con este nombre se designaban las ocho provincias contiguas a la ciudad de Yedo.

² La era de Keicho comprende los años de 1595 a 1614.

célebre Taico Sama se posesionó del galeón San Felipe. Entre los pasajeros que sufrieron el martirio estuvo un fraile de la orden de San Francisco: San Felipe de Jesús.

Mientras el segundo embajador esperaba una respuesta favorable en Manila, en el mes de agosto del mismo año el galeón Espíritu Santo en su viaje a la Nueva España vióse obligado a tocar las costas de Tosa. Los nativos trataron de adueñarse de la nave, acción que impidió el capitán Lope de Ulloa, que la comandaba, con el uso de sus armas. El astuto Ieyasu, al saber lo ocurrido, ni tardó ni perezoso se dio a la tarea de enviar otra carta a Manila, dando la versión de los hechos según su propio interés:

MINAMOTO IYASU DEL JAPÓN, SE DIRIGE RESPETUOSAMENTE A SU SEÑORÍA EL GOBERNADOR DE LUZÓN

“A principios de este otoño, uno de vuestros bajeles mercantes que viajaba entre Luzón y la nueva España, huyendo de una tormenta, abordó en la provincia de Tosa.

Mucho tiempo ha ya que entre nuestros países existen comunicaciones amistosas, y hasta una alianza podría decirse, ¿cómo iba yo, pues, a permitir (con especialidad hoy que el Japón me pertenece entera y cabalmente) que vuestros negociantes fuesen agraviados, y robadas sus naves y mercancías? El temor, sin embargo, de ser desposeídos como en otra época, ha hecho partir precipitadamente a esos extranjeros con el primer viento favorable. Sólo algunos han tomado tierra y me han enviado presentes, por lo que estoy muy reconocido.

De aquí adelante, si una tempestad inclina los palos o rompe el timón de un bajel vuestro cualquiera, que su gente no tema refugiarse en los puertos de mis estados: tocante a esto ya he enviado órdenes severas a todas partes.

Por vuestros negociantes he sabido que ocho galeones que salen cada año de Luzón para la Nueva España, desean obtener una autorización escrita que les permita abrigarse en los puertos de mi país. Compadecido de esos extranjeros, ya les he hecho extender y sellar ocho licencias que los preservará de la rapacidad del pueblo. Merced a ellas podrán, exentos de temor, refugiarse en los puertos e islas o saltar a tierra y penetrar en las ciudades y pueblos del Japón entero, sin que se les tilde

de espías aunque se dediquen a estudiar los usos y costumbres del país.
No me es posible expresar en esta carta todo cuanto pienso".
El 6º mes del 7º año de Keicho (Octubre de 1602) (VI).

DON RODRIGO DE VIVERO

Lejos estuvo Ieyasu de admitir para sus paisanos la culpabilidad del asalto al galeón, pues según él, el "temor de ser desposeídos como en otra época, ha hecho partir precipitadamente a esos extranjeros con el primer viento favorable". Queriendo desvanecer sospechas o bien avivar la ambición de los mercaderes a que tocaran sus puertos, ofreció expedir por escrito permiso a ocho naves para que arribaran al Japón. Pese a este ofrecimiento las autoridades de Manila no accedieron a que las naos hicieran escala en los puertos nipones. ¿A qué se debió tal actitud? A pesar de la distancia, de los peligros, del tiempo que se requería para el viaje, la dependencia cultural y económica respecto de la Nueva España hacía sentir cada vez más en las Filipinas. A los mercaderes de Manila más les interesaba el comercio con Acapulco que con cualquiera de los puertos nipones. Quizá estaba presente el recuerdo del asalto que habían sufrido varios galeones en los puertos de Ieyasu, para exponer sus naves en busca de un comercio por demás incierto.

Algo, sin embargo, vino a cambiar la situación. El floreciente mercado de Manila atraía a multitud de extranjeros, entre ellos a muchos japoneses que con permiso o sin él acudían a ofrecer sus mercancías. Los mercaderes nipones no tardaron en descollar en aquel abigarrado conjunto de razas y de gente. Tanto fue así que en 1608, a la llegada del nuevo gobernador Rodrigo de Vivero, ya formaban uno de los grupos más ricos de Manila. Los nipones aprovecharon la llegada de Vivero para pedir que de manera oficial hubiera comercio entre Filipinas y el Japón.

En el escenario movíase el inglés William Adams, que habiendo estado en Japón, actuaba en Manila como agente o consejero de

Ieyasu. Adams ayudó a los comerciantes nipones de Filipinas en su petición. Vivero oyó a los japoneses, y más confiado o con más ambición que su antecesor en el mando, autorizó a los nipones residentes en Manila para que en su idioma escribieran dos cartas que el mismo Adams se encargaría de llevar a su destino.

En el Japón habían ocurrido ciertos cambios en el gobierno. El astuto Ieyasu había dejado a su hijo Hidetada en el puesto de shōgū en 1605, para retirarse a Sumpu, bien fuese para descansar o bien para actuar como un poder tras del trono. Fue esto lo que motivó que el gobernador Vivero dispusiera que los japoneses de Manila enviasen dos cartas, la una para Ieyasu y la otra para Hidetada:

A OGORIHORAMA, SEÑOR DEL JAPÓN³

"Al llegar a Manila e instalarme como gobernador por el Rey de España, me ha sido dada noticia de la amable simpatía que de antiguo nutra mi nación con la vuestra. Lejos de abandonarla o dejar que se consuma o se entubie, con diligencia trataré de apretar los nudos de esa larga amistad. Aunque a millares de leguas y separados por mares y montañas, el afecto que domina en nuestros corazones acorta las distancias y allana todo embarazo.

Como entre los japoneses que aquí están de asiento he hallado algunos sediciosos, promotores de desórdenes y alborotos, prestamente les he hecho dar la vuelta al Japón.⁴ Esto no me impedirá por cierto, acoger de buena voluntad a los negociantes pacíficos que llegan a estos puertos para ellos nada ha cambiado.

Este año, como los pasados, irá un bajel al Japón. Ya he dado orden a Anjin⁵ de tomar puerto en el Kwanto, y para en caso de que el viento contrario le impida navegar según su voluntad, le he hecho presente que en el Japón entero, hallándose bajo vuestro señorío, ningún inconveniente habría en que arribase a otro puerto cualquiera.

No dudo de la merced que haréis a este Capitán y a su gente de un

³ Nombre que adoptó Ieyasu al retirarse a Sumpu.

⁴ Por este tiempo contábanse en Filipinas hasta 15,000 japoneses, y las sediciones eran frecuentes.

⁵ Nombre japonés de William Adams.

buen recibimiento, y os ruego que asimismo tratéis a los Hermanos que ahí residen, cimentándoles en vuestra gracia.

Unida a esta carta va una lista de los presentes que oso enviaros en señal de mi mucha amistad".

El 27º día del 5º mes del 13º año de Keicho (9 de julio de 1608).

Don Rodrigo de Vivero (VI).

AL SEÑOR SEI TAI SHOGÚN MINAMOTO HIDETADA

"Gustosísimo vine en conocimiento este verano, cuando llegué como Gobernador a Luzón, de vuestra estrecha amistad con mi antecesor. Como no quiero perdonar ocasión ni excusar diligencia para meter en obra cuanto pueda acrecentar este antiguo y firme trato, envío al Kwantó un galeón, cuyo capitán lleva por encargo representarme ante vuestra Señoría. Espero que él y su gente serán bien acogidos.

Por vuestra parte me obligaréis haciendo que vuestros bajeles mercantes frecuenten las Filipinas, sin pasar de cuatro cada un año, y mirando con benignidad por los Hermanos y Padres que viven en el Japón.

Remito adjunta una lista de los presentes que me he tomado la licencia de ofreceros en prueba de amistad".

El 27º día del 5º mes del 13º año de Keicho (9 de julio de 1608).

Don Rodrigo de Vivero (VI).

Huelga decir el gozo con que Ieyasu y su hijo recibieron la embajada de Adams. Después de varios años de espera, sus puertos se abrían al comercio no tan sólo con Luzón, la mayor y más rica de las islas, sino también con el distante puerto de Acapulco. No queda lugar a duda de la visión comercial de los nipones aun en aquella lejana época. Vivero por su parte abrió para los españoles y para los comerciantes nativos el puerto de Uraga, el más floreciente entre los dominios de Ieyasu, en la provincia de Sagami, a una jornada de Yedo.

Teniendo Hidetada que volvieran a repetirse los actos de hostilidad entre sus súbditos, un mes después expidió un decreto para el puerto de Uraga, en Miura, en términos tan enérgicos como breves:

DECRETO

Puerto de Uraga, en Miura.

"Se prohíbe, bajo las penas más severas, inquietar a las naves mercantes de Luzón. Quienquiera que contravenga a este decreto, será inmediatamente castigado con el mayor rigor.

El 7º mes del año 13º de Keicho (Agosto de 1608).

Por orden del Shogú

Taushima Roju.⁶

Oi Roju" (VI).

Tanto Ieyasu como su hijo se apresuraron a contestar al gobernador Vivero, en términos no menos corteses que inteligentes:

MINAMOTO IYASU A SU SEÑORÍA EL GOBERNADOR DE LUZÓN

"Con suma satisfacción y gratitud he recibido la augusta misiva en que me daís noticia de vuestro arribo a Luzón, en calidad de Gobernador, y con igual regocijo y agradecimiento he visto llegar a vuestro Kufune —bajel negro— al puerto de Uraga, en la provincia de Sagami. Sinceramente os felicito y puedo aseguraros que la amistad que nos une será siempre inalterable.

En vuestro país el gobierno y el pueblo viven en buena armonía, los habitantes se tratan entre sí con agrado y comedimiento, y hasta a los extranjeros mismos se extiende la general benevolencia. En el Japón tenemos igualmente leyes justas, y todos se conducen con equidad; aquí no hay, por consiguiente, ni ladrones ni malhechores. Así, si los japoneses que están en Filipinas cometen injusticias, condenadlos a muerte. El capitán y la gente de los bajeles que vienen al Japón pueden apartar de sí toda inquietud.

Muy obligado quedo por los presentes, cuya lista he recibido con gran contento, y con ansia deseo que os dignéis aceptar algunos objetos insignificantes de mi país, que en retorno me atrevo a ofreceros. A otra vez diferiré lo que me queda por decir".

El 6º día del 8º mes del 13º año de Keicho (14 de septiembre de 1608) (VI).

⁶ Roju era un título que sólo podían usar los cinco ministros o consejeros del shogú.
⁷ Los japoneses daban este nombre a las naves extranjeras, ordinariamente pintadas de negro.

EL SEI TAI SHOGÚN HIDETADA DEL JAPÓN
A SU SEÑORÍA EL GOBERNADOR DE LUZÓN

"Con muy vivo goce he leído vuestra carta y tenido noticia de que un galeón aportó felizmente a Uraga, en la provincia de Sagami, después de una navegación favorecida por el viento.

En el Japón es costumbre obrar en todo derechamente, ajustando las acciones a las reglas de la probidad. Si alguien contraviene a esto, sin dilación es aprehendido y castigado. Síguese de ahí que la equidad domina en nuestros ajustes y conciertos. No abriguéis, pues, ningún temor.

He venido en conocimiento del regreso, sin contratiempo, y por ello os congratulo, de la nave que ha un año estuvo en el Japón. Es de desear que nuestras comunicaciones se multipliquen. Uno a otro, mi país y el vuestro se aprovecharán de los viajes asiduamente emprendidos por bajeles mercantes.

Gracias os doy por vuestros presentes, y en agradecimiento a las mercedes recibidas, os envío algunos objetos del Japón. El Capitán de vuestra nave os dirá de palabra cuanto aquí paso en silencio".

El 24º día del 8º mes del 13º año de Keicho (2 de octubre de 1608) (VI).

Por uno de esos vaivenes tan perjudiciales como acostumbrados en la política de Madrid, don Rodrigo de Vivero cesó en su puesto de gobernador, sucediéndole en el cargo, en el año de 1609, don Juan de Silva. El nuevo mandatario, con razón o sin ella, se quejó ante Ieyasu de los escándalos provocados por los japoneses radicados en Manila, extranjeros que aumentaban en número. Ieyasu, queriendo poner fin a las quejas que sus paisanos provocaban en Manila, se dio a la tarea de contestar a Silva:

MINAMOTO IEYASU DEL JAPÓN, A SU SEÑORÍA
EL GOBERNADOR DE LUZÓN

"La carta que me habéis enviado, y que he leído con gran gusto, me informa de los tumultos y sediciones promovidos por revoltosos de mi país. Unidas a esta misiva recibiréis las leyes que aplicamos aquí a los criminales, a fin de que los hagáis castigar en consecuencia.

Tengo por dicha vuestra llegada a Luzón, de cuyo gobierno os habéis encargado con gran voluntad de todos, y mucho me place vuestro propósito de continuar, como hasta aquí, enviando galeones al Kwanto. Ellos traerán, de vos y de vuestro país, nuevas y circunstanciadas noticias. Los Padres son tratados con simpatía y buena voluntad".

El 6º día del 7º mes del 14º año de Keicho (5 de agosto de 1609) (VI).

UNA VISITA INESPERADA

En el escenario de nuestras primeras relaciones diplomáticas con el Japón, hubo un suceso más que demuestra el interés que por entonces hubo de parte del shogú, para buscar la amistad de las autoridades españolas de Manila. Sucedió que el 25 de julio de 1609, don Rodrigo de Vivero, a bordo del galeón San Francisco, seguido de los galeones Santa Ana y San Antonio, abandonó la bahía de Manila en su viaje a Acapulco. No había navegado muchas leguas cuando una terrible tempestad azotó las naves. Tan sólo la nao Santa Ana pudo proseguir su viaje. Las otras dos, obligadas por las averías, viéronse en la necesidad de buscar refugio en las costas del Japón. Entre los naufragos del galeón San Francisco estaban Vivero y sus principales acompañantes. Se presentó así la ocasión a don Rodrigo de experimentar personalmente las cortesías o las buenas intenciones de los gobernantes del Japón.

Vivero se apresuró a dar aviso al shogú de su arribo. Hízole ver la situación angustiosa en que los naufragos se encontraban. Habían perdido, además de sus naves, gran cantidad de mercancías. Carecían de medios con qué proseguir su viaje. El shogú no tardó en dar contestación a Vivero, manifestándole que recibiría ayuda de su gobierno y que además ordenaba que le fueran entregadas todas las mercancías que se lograran salvar. Lo invitó a que pasara a Sumpu y a Yedo, para que fuese recibido en su corte. Así fue en efecto: los príncipes nipones recibieron a don Rodrigo de Vivero con una cortesía por demás inesperada.

De la Relación que tiempo después escribió don Rodrigo de

Vivero de su estancia en el Japón, copiamos aquí el texto de la entrevista que tuvo con el emperador:

El Emperador estaba sentado en una silla de terciopelo azul y, a su lado izquierdo, como a seis pasos, me tenía puesta otra de la misma manera, sin diferencia en nada. El vestido del Emperador era azul, de raso labrado, con muchas estrellas y medias lunas de plata, y tenía ceñida su espada y no sombrero en la cabeza ni otra cosa, sino el cabello muy trenzado y atado con cintas de colores. Es un viejo de setenta años, de mediana estatura, de venerable y alegre rostro y no tan moreno como el Príncipe, y más gordo.

Yo fui llegando, con los secretarios que me guiaban, haciendo las reverencias y acatamientos que en palacio se acostumbran al rey nuestro señor; y por haberme prevenido que no llegase cerca a pedirle la mano ni a besársela, me quedé en pie junto a la misma silla que me tenía puesta, y cuando llegué a ella y le hice la postrer cortesía, aunque hasta allí no había mudado el semblante, bajó un poco la cabeza y con mucha afabilidad se rió conmigo y, levantando la mano me hizo señal con ella que me sentase. Volvíle a hacer otra reverencia muy baja y quedéme en pie. Porfióme segunda vez, con lo cual me senté y luego me mandó cubrir y habiéndose pasado más de tres credos con gran silencio, llamó a los dos secretarios que tenía a su lado y mandó me dijese el gusto con que estaba en mi venida y, aunque trabajos y desdichas no podían dejar de lastimar el corazón, que me divirtiese y animase con verme en su reino, donde todo lo que el Rey don Felipe mi Señor podía hacer por mí, lo hacía él con mayores ventajas. Yo me levanté y destoqué para oír el recado y responderle, y no lo consintió. Díjele que besaba a Su Alteza las manos por la gran merced que me hacía, y que la presencia de los reyes y monarcas tan grandes era poderosa para convalecer de mayores trabajos que los míos y que así me hallaba de ellos convalecido y muy alentado con estar en su corte, donde no esperaba menos merced que si me hallara en la de mi Rey. Con esto, de allí a otro rato, me volvió a decir que mirase qué cosas quería, así de mi avío como de todo lo demás que se me ofreciese, y que los comunicase a su Secretario, que el despacho de ellos se facilitaría como lo vería. Yo le respondí que mercedes de un Rey como Su Alteza no se podían olvidar y que así otro día gozaría de ellas y señalaría a Su Magestad las cosas en que las hubiese de recibir. Con esto me quise levantar, para irme y mandóme sentar, diciendo que gustaba mucho de mi visita y que así no quería que fuese tan breve y que entrasen los que le querían ver, como entró luego uno de los mayores señores del Japón y pa-

reciólo en el presente, porque de barras de plata y oro y ropas de seda y otras cosas valdrían más de veinte mil ducados (1).

Según consta en esta misma Relación, don Rodrigo pidió tres gracias al emperador:

Buen trato para los religiosos que por entonces estaban en su reino, la cual fue concedida.

Amistad de parte del emperador para el rey de España, y el soberano accedió a ello.

Expulsión de los holandeses del Japón, gracia que no fue concedida, pues el emperador confesó haber prometido su protección a estos extranjeros.

El Monarca dio a don Rodrigo, de su propia iniciativa, la nave San Buenaventura, armada en el Japón por el inglés William Adams, para que prosiguiera su viaje a la Nueva España. Le dio además cuatro mil ducados para sus gastos.

Por entonces la minería mexicana era tenida en tan alta admiración, que Ieyasu pidió a Vivero que de la Nueva España fuesen al Japón unos cincuenta mineros para enseñar a los japoneses a trabajar las minas de oro de Izu y Sado. Le pidió además que interviniese a su favor, a fin de que hubiera en Tokio una embajada del rey de España, acto al cual correspondería su país con un representante en la corte de Madrid. Ieyasu pidió que embarcasen en el San Buenaventura objetos muy valiosos, como obsequios al virrey de la Nueva España y al rey. El shogú, con un sentido comercial digno de elogio, pidió y consiguió de Vivero que en la nave fuera cierto número de marineros nipones, probablemente con el fin de que conocieran la ruta al puerto de Acapulco. Mayor visión comercial no podía pedirse al gobernante japonés. El primero de agosto de 1610 el San Buenaventura levó anclas y se hizo a la mar buscando la latitud de la corriente del Pacífico del Norte, que llevaría a la nave a las costas americanas. El 27 de octubre llegó el San Buenaventura a la costa de California y semanas después al puerto de Acapulco.

Capítulo II

PRIMER EMBAJADOR AL JAPON

Sebastián Vizcaíno.—Al serenísimo emperador de los reinos y provincias del Japón.—Minamoto Ieyasu del Japón, a su señoría el virrey de la Nueva España.—El Sei Tai Shogú Minamoto Hidetada del Japón, a su señoría el virrey de la Nueva España.—Tristes presagios.—En busca de las islas.—Se inicia el retorno.—De la arribada al Japón y de lo que sucedió hasta salir de él.—Duelos y quebrantos.—Capitulaciones.—Tramaron intrigas en su contra.—Un navío del Japón.

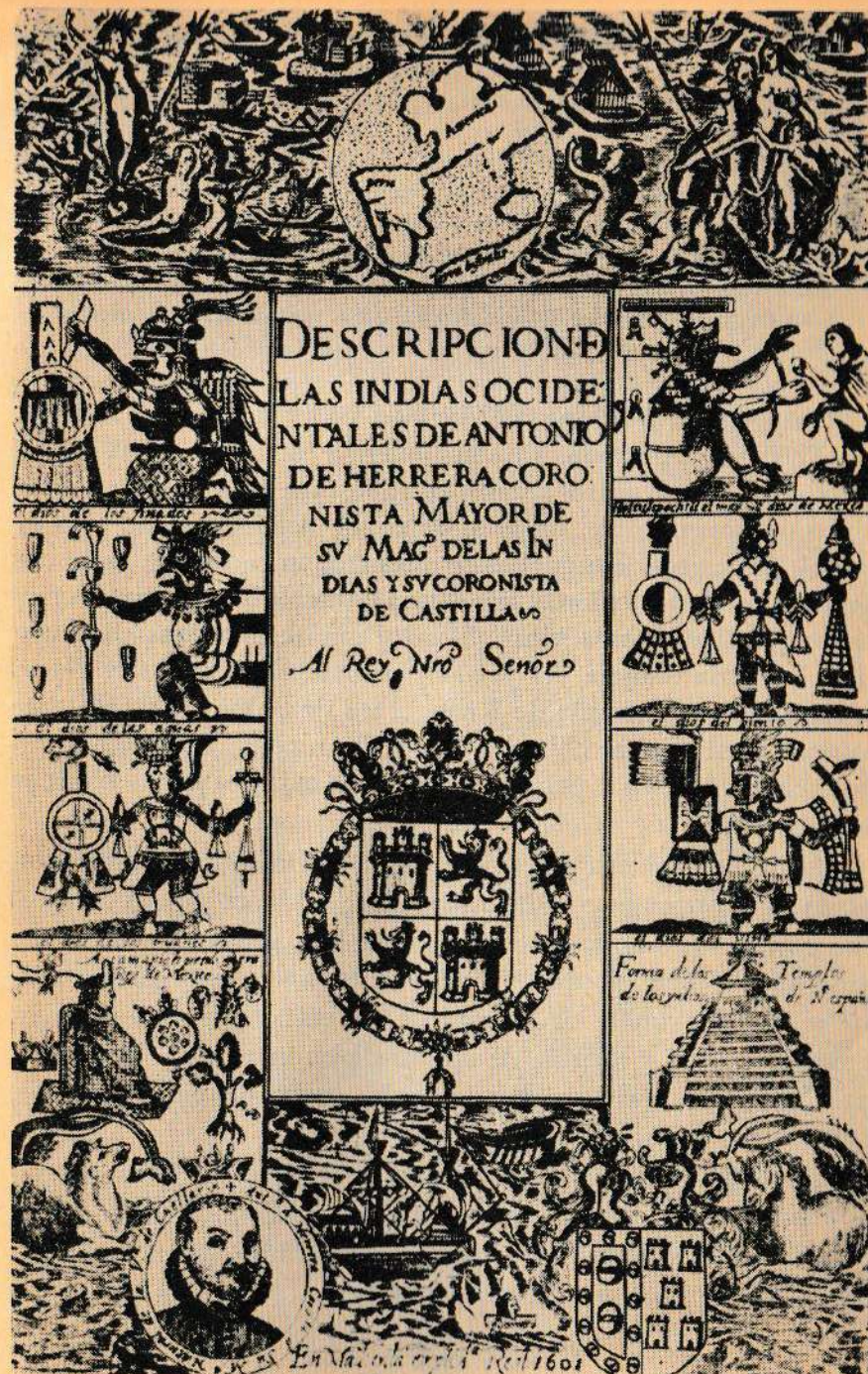
SEBASTIÁN VIZCAÍNO

Cuando el virrey don Luis de Velasco supo lo ocurrido, acogió de buena manera a los nipones y quiso agradecer a Ieyasu la ayuda que brindó a don Rodrigo de Vivero y a sus acompañantes. Nombró entonces a Sebastián Vizcaíno como embajador, para que en su nombre expresara su agradecimiento. Entrególe además de la carta credencial diversos objetos como regalos para Ieyasu y para su hijo Hidetada. Vizcaíno partió de Acapulco para el Japón el 22 de marzo de 1611. Con él regresaron a su país los navegantes japoneses que trajo Vivero.

Para el 10 de junio arribó al puerto de Uraga. Acto seguido Vizcaíno escribió al emperador diciéndole que era portador de una embajada del virrey de la Nueva España:

Sebastián Vizcaíno, general y embajador del Rey de las Españas, Don Felipe III, su señor, y del Marqués de Salinas, virey de la Nueva España y su lugarteniente y el P. Pedro Bautista, de la orden de el padre San Francisco, hacemos saber a V. M. como hoy, Sábado 10 del mes de junio de 1611, llegamos a este puerto de Urangava en un navío, en el cual partimos de la Nueva España, del puerto de Acapulco, a los 22 días del mes de marzo deste año, recta vía, a este reino, a solo traer a V. M. razón de cómo el dicho Marqués recibió las chapas y embajada que el P. Fr. Alonso Muñoz, en nombre de V. M. le llevó; y así mesmo a traer a este reino a Josquendono y los demás japones vasallos de V. M. que el año pasado fueron desde éste al de la Nueva España con D. Rodrigo de Vivero, y el retorno de la plata que por mandato de V. M. se le prestó al dicho Rodrigo y el valor del navío S. Buenaventura, que el dicho Marqués, en nombre de mi Rey y señor compró, aunque no fue a propósito para volver con él a este reino, por las causas que el dicho Josquendono y los demás japones informaran a V. M., como del buen pasaje que, a ida y estada en la Nueva España y venida a estos reinos, se les ha hecho de parte de dicho Marqués y mía, respetándolos, honrándolos, y regalándolos como criados y vasallos de V. M. Y aunque el dicho Marqués pudo despacharlos por vía de las islas de Luzón, no lo hizo, considerando ser largo el viaje y peligroso, así de la navegación, como por andar cerca de las dichas islas cantidad de navíos holandeses, corsarios, que andan robando y alzados contra mi Rey y señor, por no ponerlos en riesgo, ni el retorno de la dicha plata y valor del navío, y lo demás que traemos del dicho Marqués en nombre de mi Rey y señor. Teniendo que comunicar con V. M. pedimos humildemente licencia para subir a esa corte a besar a V. M. las manos y a diferir lo que V. M. fuere servido, en razón de lo comenzado y de la paz y buena correspondencia que se ha de tener con V. M. y sus reinos, cuya vida Nuestro Señor aumente con más reinos y estados.—De Urangava, etc" (IX).

Escribió también al príncipe y quedó en espera de las respuestas de ambas cartas que llevó el japonés Jocuquendono y algunos compañeros suyos. Los ministros del emperador escribieron una carta a Vizcaíno, diciéndole:



“La carta de la tercera luna recibió el príncipe nuestro señor, en que en ella se hace un aviso y relación de su llegada, de que recibió particular contento y gusto y todo el reino, aunque considera los muchos trabajos que Vuestra Merced habrá tenido en tan largo camino, más con la llegada a este reino adonde será regalado de todos los dél, y así puede venir luego vuestra merced a esta corte, donde le queda esperando el príncipe y todos los caballeros della, y en todo haga vuestra merced su voluntad y gusto. El general de las funcas envía embarcaciones, y lo demás que fuere menester dará el Jono de ese puerto y de Yedo.—Cuarto de la tercera luna.—Firmaron la carta presidentes y oidores, secretarios y camarero” (IX).

Días después Vizcaíno fue recibido en Shizuoka por Ieyasu y en Yedo por Hidetada. El embajador, a la usanza de la época, llevó para Ieyasu varios regalos entre los que figuraban “un reloj, un traje impermeable, un rollo de papel, dos barriles de vino español, dos juegos de utensilios de alconero, un carrito de listón con galón de oro para calzado, dos sillas de montar y tres cuadros pintados con figuras españolas”. El reloj que se menciona dio lugar a la industria relojera del Japón y permaneció hasta fines del siglo pasado en el templo de Kuno, cerca de Shizuoka. Como dato curioso puede citarse el hecho de que los nipones, al imitar su fabricación, copiaron hasta la leyenda que indicaba que fue hecho en Madrid.

Queda por ahí una descripción de la indumentaria que Vizcaíno lució al presentarse como embajador: “del vestido que llevaba, que por no le haber visto jamás —a los japoneses— les causó gran alegría verlo, porque era calza de obra, con entretela de tela, pilón de tela, ropilla de la obra de las calzas con capa de raja, gorra de pluma y toquilla de oro muy bien aderezada, bota blanca abotonada, espada y daga dorada, cuello de puntas abierto, acanalado”.

Ignoramos el texto de las cartas que el virrey Velasco entregó a Vizcaíno. Afortunadamente se conoce la contestación que el embajador recibió, tanto de Ieyasu como de su hijo, documentos que reproducimos aquí por su valor histórico:

MINAMOTO IYASU DEL JAPÓN, A SU SEÑORÍA EL VIRREY DE LA NUEVA ESPAÑA:

“Vuestra carta me ha dado tanto gusto que, con haberla leído varias veces, no puedo apartar de ella los ojos. Igual estimación hago de los presentes que me habéis enviado.

Hace ya más de dos años que varios negociantes⁸ de vuestro país, sorprendidos por una tempestad que desbarató sus naves, dieron en tierra del Japón. Movido a lástima por el infortunio de esos viajeros, venidos de tan lejos, les dí un gran bajel para que pudiesen continuar su viaje. Me place, pues, tener noticia de que han llegado salvos. Permita el Cielo que nuestras relaciones sean tan íntimas y estrechas como las que, entre países vecinos, engendra la comunicación familiar: en provecho de entrambos redundará la permuta de mercaderías.

El Japón es la tierra de los dioses. Desde el principio del mundo se venera aquí a los dioses y se da culto a los budas. Entre los dioses y los budas no existe diferencia.⁹ Para confirmar las protestas de lealtad entre los señores y sus vasallos, para dar firmeza a los pactos de las provincias entre sí, los japoneses hacen a los dioses testigos de su sinceridad. Esos dioses, infaliblemente recompensan a los que son fieles a sus compromisos y castigan a los que violan sus promesas. La recompensa y el castigo son, pues, evidentes; ¿no es ésta la senda de las cinco virtudes,¹⁰ a saber: la humildad, la justicia, la cortesía, la prudencia y la fidelidad?

La doctrina seguida en vuestro país difiere enteramente de la nuestra: por eso estoy persuadido de que no nos conviene. En las escrituras búdicas se dice que es difícil la conversión de quien no está dispuesto a convertirse. Más vale, por consiguiente, dar fin en nuestro suelo a la predicación de esa doctrina. En cambio, multipliquen sus viajes los bajeles de comercio, aumentando con ellos las relaciones e intereses. Vuestras naves pueden entrar desembarazadamente en todos los puertos, sin excepción. A este fin he dado órdenes estrictas.

“Muy obligado me dejaréis condescendiendo en aceptar los objetos japoneses que vuestra afabilidad me anima a ofreceros. A causa del excesivo calor, tened en cuidado vuestra salud”.

⁸ Según una antigua costumbre, en Asia los soberanos y demás personajes ilustres se dedicaban también al comercio, de aquí que Ieyasu llama negociante a don Rodrigo de Vivero.

⁹ Ieyasu alude al shintoísmo y al budismo, las dos religiones autorizadas entonces en el Japón.

¹⁰ Las cinco virtudes de la doctrina de Confucio.

El 20º día del 6º mes del 17º año de Keicho (18 de julio de 1612) (VI).

EL SEI TAI SHOGÚN MINAMOTO HIDETADA DEL JAPÓN,
A SU SEÑORÍA EL VIRREY DE LA NUEVA ESPAÑA

"Lleno de júbilo y gratitud he recibido la carta que me habéis escrito, y vuestros magníficos regalos.

La inclinación y el trato, burlando la distancia, nos han aproximado hasta hacernos vecinos. Cada año espero impacientemente la nave mercante que viene de la Nueva España, trayendo noticias vuestras y de vuestra nación.

Acompaño esta carta de un presente de tres corazas y algunas otras armas japonesas, que os ruego aceptéis en prenda de mi devoción, sin atender a su escaso mérito.

"Masanobu¹¹ entrará en los pormenores que aquí omito".

El 7º mes del 17º año de Keicho (Julio de 1612) (VI).

TRISTES PRESAGIOS

De la carta de Ieyasu, más expresiva que la de su hijo, se deduce que los japoneses buscaban como principal objetivo el comercio. En cuanto al aspecto religioso Ieyasu le advierte al virrey, a manera de triste presagio:

"La doctrina seguida en vuestro país difiere enteramente de la nuestra: por esto estoy persuadido de que no nos conviene. En las escrituras búdicas se dice que no es fácil la conversión de quien no está dispuesto a convertirse".

Con relación al comercio Ieyasu agrega en tono optimista:

"En cambio multipliquen sus viajes los bajeles del comercio, aumentando con ello las relaciones e intereses".

¹¹ Ministro de Hidetada que, al mismo tiempo, debió de escribir al Virrey.

La falta de datos, de documentos, nos impide agregar algo más acerca de la embajada de Vizcaíno. Ignoramos si visitó algunos daimios y qué opinión tuvo de ellos. De las costumbres, del ceremonial de aquellos nobles señores, nada se conoce por informaciones de Vizcaíno. Quizá el embajador careció de la curiosidad o del necesario sentido de la observación para descubrir el extraño mundo oriental que por primera vez veía. Era tan distinto, tan fuera de las costumbres europeas, que para describirlo, en verdad se hubiere necesitado el fino sentido de observación de los embajadores venecianos del Renacimiento, sagacidad de que sin duda alguna careció Vizcaíno.

La falta de documentos nos impide seguir a Vizcaíno en su aventura. Tan sólo se conoce la fecha en que abandonó el puerto de Uraga en su viaje de regreso a Acapulco: 10 de septiembre de 1612.

Ese día principió un nuevo capítulo de la historia que presentamos a la consideración del bondadoso lector. Hasta esa fecha la adversidad estuvo fuera de la aventura.

Vizcaíno tuvo otra misión más que cumplir de parte del virrey: la de descubrir las legendarias islas de Rica de Oro y Rica de Plata, que por entonces se buscaban con no menos interés que codicia.

EN BUSCA DE LAS ISLAS

Relación del viaje hecho para el descubrimiento de las islas llamadas Rica de Oro y Plata, situadas en el Japón, siendo Virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, hijo, (y) Sebastián Vizcaíno, general de la expedición.

Y otro día, miércoles nos dio un tiempo con brisa con mucha mar, que nos obligó a alijar algunas cosas que iban sobre cubierta.

Abonanzó el tiempo y lo tuvimos favorable; y siguiendo el viage, conforme a la orden, a los 25 del —mes—, nos hallamos en altura de las dichas islas y haber navegado más de doscientas leguas, donde dicen las cartas de marear es el paradero dellas.

Aquí hizo junta el General con los pilotos, y se consultó las diligencias que convendría hacer para toparlas, pues habiendo venido por su derrota, no se hallaban ni señas dello. Acordóse se disminuyere altura hasta treinta y cuatro grados. Hízose así, porque el tiempo dio lugar, que fue tan bueno y claro, que la noche y día, con muchas centinelas en los topes y gavias, no se toparon aunque hubo señas de tierra y mucha cantidad de piedras pomes grandes que iban por hileras, que apenas dejaban pasar el navío, y tortugas y patos, que son señales precisas de tierra. Tampoco se toparon: mandó el General que se volviese atrás y se hiciesen todas las diligencias del mundo para ello y se cumpliese el intento de Su Magestad; porque no pensaba ir a Acapulco, hasta saber si los había o no. Hízole así el 12 de octubre, que no se pueden decir las extraordinarias diligencias que se hicieron autos y juntas.

Y este día algunos de los marineros comenzaron a desmayar; y no quiero decir del piloto mayor, el cual declaró que no habrá tales islas en el mundo, que él había hecho sus obligaciones y diligencias y más de las que el señor Virrey mandaba. Y comenzaron algunos a desvergonzarse de palabras y por escrito; y como los vido alborotados y que de su parte no tenía gente de guerra ni quien lo pudiera ayudar, tuvo por bien desapacigliarlo, con buenas razones, y que no pasase el negocio adelante, porque no le matasen.

Y a los 14 del —mes—, nos causó una tormenta que duró veinte y cuatro horas, de viento nordeste, que pensábamos ser anegados.

Alijáronse algunas cosas y pasó, y siguiendo nuestro viaje, a los 18 del mes, nos causó un huracán, comenzando por el dicho viento Nordeste, rodando por toda la aguja, de que estuvimos perdidos y el navío medio zozobrado, como era tan pequeño, andaba más agua que en la quilla y con los muchos balances y gran mar y el ser viejo y desecho, sonaban las maderas como si estuviesen desencajadas y se abrió por debajo del alcázar. Cortamos el árbol mayor y se alijó todo cuanto había sobre cubierta.

Diéronse cinco tortores y no esperábamos más de la primera ola que nos había de tragar, y a la gente desmayada y rendida del mucho trabajo. El general los animaba dándoles regalos de su cámara; mas Dios por su misericordia y bendita Madre, que en tales tránsitos socorre a los aflixidos, se sirvió de que abonanzase el tiempo, aunque no la mar, que duró once días, tan grande que no se pudieron abrir las escotillas ni sacar bastimentos y agua, de que padecía la gente de sed y hambre, ni tampoco había con que aderezarlo, porque los fogones se habían echado a la mar.

SE INICIA EL RETORNO

Y vistonos perdidos y sin poder seguir viaje a Nueva España, se hizo junta y lo que más convenía se hiciese. Con acuerdo de todos se arribó a este reino del Japón, pues no había otro remedio y que en él se previniese lo necesario para otro año, y se tomase prestados del Emperador lo necesario, que Su Magestad lo tendría por bien. Y así seguimos el viaje para el puerto de Urangava o tierra de Masamoney, que se había dado por amigo. En esto hubo algunas cosas de voluntad del piloto, y seguido nuestro viaje por altura de treinta y seis grados y medio en demanda del Japón, como doscientas leguas antes de llegar a él, se vieron tan precisas señas de tierra como fueron golondrinas, patos reales, tortugas, gorrones y mariposas, que se venían al navío; el cual venía tal que no se podía hacer fuerza con él, que si el aderezo de aforro que se le dio en Urangava no tuviera, sin duda ninguna nos dexaba en el mar.

Mas al fin con muchos trabajos llegamos al puerto de Urangava a 7 de noviembre, do hallamos haber salido el navío San Sebastián de los japonés, y por seguir su voluntad y haberlo cargado sin orden de los españoles, haber varado como una legua del puerto; y los japonés conocieron su culpa.

Y luego que dimos fondo, el General envió al Emperador y Príncipe, y dio a entender su arribada y necesidad con que venía y la que tenía para poderse aviar otro año, los cuales respondieron que les pesaba de sus trabajos, y que no tuviesen pena que le darían lo necesario; y que él iba a ver a su hijo a Yedo y que allí se trataría lo que convenía, lo que sucedió se dirá en el capítulo adelante.

DE LA ARRIBADA AL JAPÓN Y DE LO QUE SUCEDIÓ HASTA SALIR DE ÉL

Y luego que tuvo noticia del dicho General que el Emperador estaba en Yedo, fue allá a visitar y solicitar su avío y estuvo cinco meses haciendo extraordinarias diligencias con presentes y memoriales para conseguir su negocio, saliendo a los caminos y parages donde el dicho Emperador andaba cazando, pasando muchos trabajos y fríos. Y jamás tuvo efecto de hablarle, y los memoriales no se los daban a sus manos, porque los consejeros secretarios lo impedían, de que era confusión, pues no correspondían a lo que habían prometido al principio. Y los dichos consejeros no tenían la culpa, como adelante se supo, sino un religioso

que por autoridad de su Orden no se dice, que dio un memorial al dicho Emperador, en que le decía que había entendido que el General pretendía seis mil pesos prestados a pagar en Nueva España, y que mirasen lo que hacía, si no traía orden del señor Virrey para ello, ni de su Magestad, ni él tenía de qué pagarlos y que ponía en duda la satisfacción, y que él y los demás religiosos no habían de quedar a la satisfacción. Y no hubieron menester más los japoneses para alzar la mano del préstamo; y con esto lo entretuvieron en dicho tiempo sin decirle sí o no...

Y estando en esto, vinieron cartas de Nangasaqui al dicho General, del Capitán Uñate y otros, ofreciéndole la cantidad de plata que hubiere menester con algunos intereses a pagar en Nueva España. Y visto el buen partido y la gran necesidad que tenía, aceptó, y despachó correo a los susodichos y poder bastante para obligarle, hipotecando su hacienda y renta y la de Su Magestad, en cuyo nombre se tomaba, de que se tuvo por cierto cumplirían lo prometido, de que toda la gente se alegró, porque padecían mucho trabajo de hambre, y para darles de comer el General, hacía barata de su hacienda y tomaba oro a daño, de los japoneses, que son grandes logreros. Y no tuvo efecto: porque otro religioso de la dicha Orden escribió a los susodichos, que mirasen lo que hacían y no prestasen su plata, porque tenía en muy gran duda la paga, y otras cosas que en esta relación no se pueden decir, con que fue parte a desanimar los españoles y no la quisieron dar, de que tuvo aviso de todo.

DUELOS Y QUEBRANTOS

Y vista esta confusión y que la gente se moría de hambre y estaba rota y empeñada, y que ni por mar ni por tierra se podían ir, hizo junta con su gente, y les propuso el caso y la necesidad en que estaba, y pues decían eran vasallos de Su Magestad, se animasen hasta vender las camisas, y los que tenían ropa la prestasen, que él desde luego hacía oblación de toda la que tenía de algunos hidalgos de México, que le habían encargado algún regalo de maquí para el regalo de sus casas y la suya y un negro que tenía, y los colchones de su cama se llevasen a Yedo y se hiciese barata y todo se vendiese por cuenta y razón para satisfacer a sus dueños y algunos se animaron a prestar cantidad.

Con esto quedó resuelto que con su procedido se pagase lo que se debía y se aderezase el navío San Francisco, y aunque no fuese más de con agua y arroz, se hiciese viage a Nueva España y se saliese de tierra de gentiles.

Y otro día, cuando les pidió la ropa para llevarla a Yedo, la mayor parte de ellos se excusaron, y otros la escondieron y aun vendieron de secreto y se huyeron. Y considerado esto, y que no tenía fuerza para ejercitar la potestad y poder de la real justicia, tuvo por bien de callar y disimular y tomar su hacienda y irse con ella a dicha ciudad de Yedo a venderla por lo que se hallase y pagarlos a japoneses lo que habían prestado, porque corría mucho el daño del oro, como lo hizo, perdiendo en ello más de ciento por ciento, y fletar el vasso del navío a los españoles y japoneses y con su procedido aviarse, pues no había otro remedio. Los españoles no quisieron hacer, y algunos japoneses que se inclinaron a ello y dar plata para lo que fuese menester, saltó otro demonio, en figura de religioso de dicha Orden, que estaba en desgracia de su comisario y sin licencia se quería ir a Nueva España, que no se puede decir, que desto y lo demás lleva el General relación para consultar con Su Magestad y Consejo y señor Virrey, el cual dicho religioso, como no tenía esperanza que el dicho general lo llevase en su navío, y él estaba tan metido con los japoneses sirviéndoles de naguatato (intérprete) e insistiéndoles hiciesen navío para Nueva España, por irse en él; y no se dio tan poca maña, que no tan solamente no tuvo quien le comprara la ropa ni fletase un cajón, ni japon mercader que osase entrar en casa del General.

Y viéndose ya sin remedio ni camino que tomar para salir deste reyno, y toda la gente desanimada, el General, de pesadumbres, que fueron muchas, cayó enfermo, de que iba de mal en peor; de que tuvo noticia el rey Macamoneydono, le envió decir que el quería hacer navío y tenía cortada la madera y le haría buen pasaje y comunidad a él y a su gente y que se concertase en su nombre con un criado suyo, que se cumpliría todo muy bien. De que hizo luego junta con su gente sobre lo que debía hacer a tan buena ocasión, pues otro remedio no había. Todos se conformaron en que se hiciese luego y no se perdiese ocasión, en que se puso por obra. En esto hubo muchos dares y tomares con los dichos criados, por ser gente tan mala y menuda, mas al fin se concertó y se hicieron las capitulaciones siguientes:

CAPITULACIONES

Primera, que el dicho Masamoney ha de dar navío aparejado y pertrechado de todos los bastimentos y lo demás necesario para traer viage este año a Nueva España, sin que de parte de Su Magestad se gastase cosa alguna.

Item, que desde luego han de correr los salarios y raciones de veinte y seis personas, pilotos y oficiales, como ganan de Su Magestad, hasta llegar a Acapulco y que la paga de dicho General y alguacil real y del agua y cirujano y otras tres o cuatro personas corriesen por cuenta de Su Magestad, pues eran ministros suyos.

Item, que luego habrían de socorrer a la dicha gente a cuenta de su salario, al piloto mayor y carpintero a cincuenta taes, y al acompañado a cuarenta, y a los demás oficiales a treinta, y a los marinos a veinte y cinco y a los grumetes a quince.

Item, que les había de dar su ración adelantada en dinero, cabalgaduras para ir hasta Guenday, do se fabricaba el navío a su costa, que hay de camino más de doscientas y cuarenta leguas.

Item, que ha de dar funcas para llevar la ropa de los españoles hasta do se fabrica dicho navío, sin fletes ni intereses.

Item, que han de dar a la dicha gente su repartimiento, como se usa en Filipinas, sin derecho ni fletes.

Item, que toda la gente, así españoles como japones, han de ir a sujeción del dicho General.

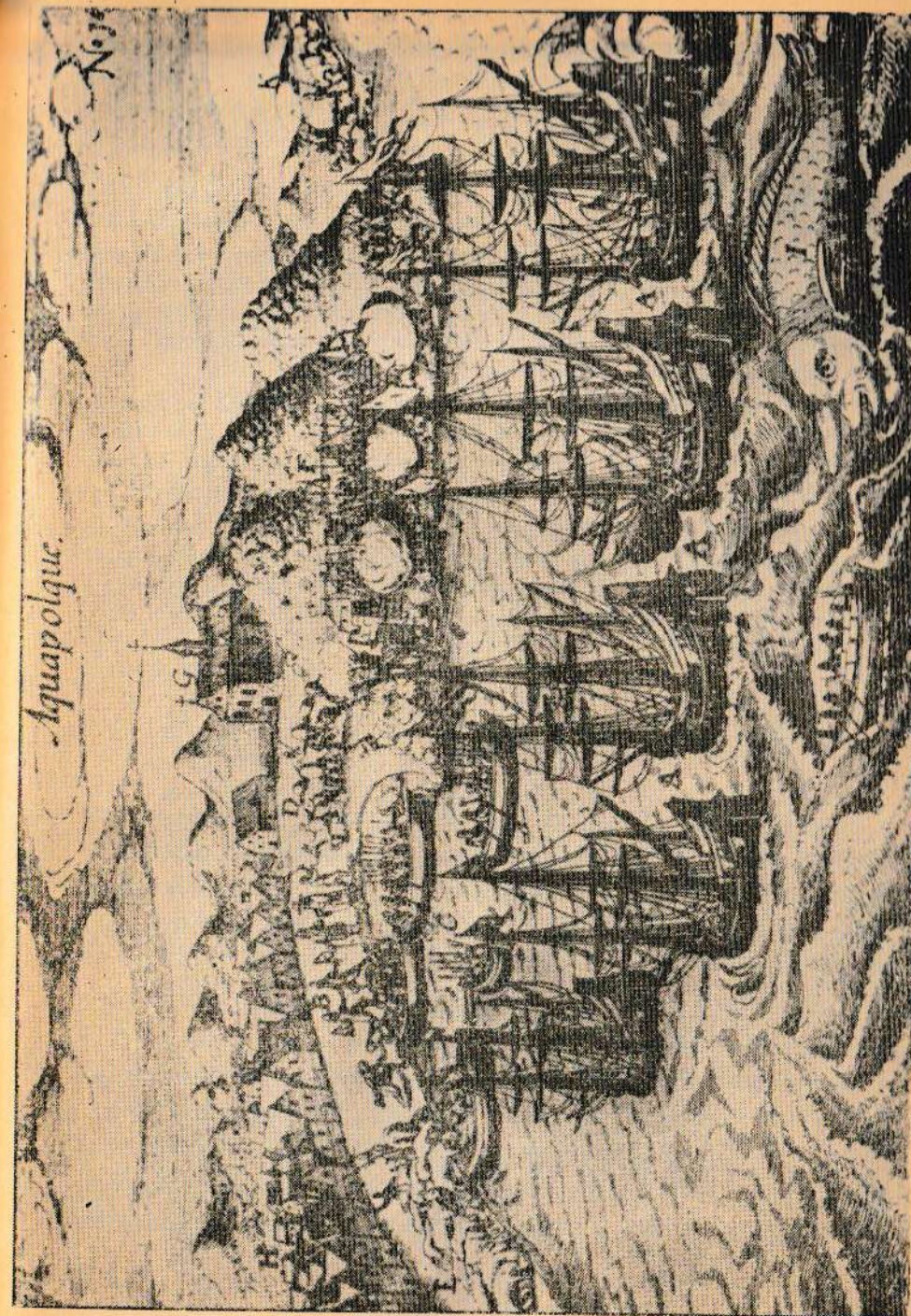
Item, que las personas que no van en salario, se les ha de dar ración desde el día que se embarcaren hasta llegar a Acapulco.

Item, que por cuanto no hay orden del dicho Virrey que vayan japones, han de ir pocos, como factores del dicho navío y algunos grumetes por haber falta de gente.

Y esto con acuerdo del dicho General y de un eriado del dicho Masamoney, que estas capitulaciones aceptó el dicho General por parecer ser muy en favor de Su Magestad, pues se le escusaban salarios y raciones y otros consumos, y no tener posible con que aviarse, y que el navío San Francisco estaba muy viejo y abierto para poder hacer viage, sino fuera con gran riesgo, y se hicieran más en favor, si el dicho religioso no estuviera de por medio, con el gran deseo que tenía, como digo, de irse, advertía algunas cosas a los japones para darles a entender que hacía algo y adquirirles a su voluntad para que le ayudasen a su pretensión.

Todo lo que en las dichas capitulaciones prometieron de presente han cumplido hasta aquí muy bien. Y con esto se partió el dicho General y gente al reino de Ox (Oshu) a cumplir lo prometido, donde estuvimos en la fábrica del navío y aprestos para el viage hasta 27 de octubre pasando muy grandes trabajos con los dichos japones...

Hubo algunas faltas de su parte, particularmente de su matalotage, que no hubo para la mitad del viage. Descubrieron a la partida muy mal trato y grande interés. No cumplieron con algunas de las capitulaciones y el General disimuló, porque no sucediera algún gran mal.



Puerto de Acapulco en el año de 1613, según Speilbergen.

En todo esto andaba el dicho religioso, y él despachó el navío y embarcó a todos los japoneses que quiso y se hizo gobernador y capitán del. Y visto que no lo podía remediar el General, aunque hizo algunas diligencias, se embarcó como pasajero y si hiciera otra cosa, según estaban los japoneses, nos matarían a palos.

En fin, este día (27 de octubre de 1613) nos hicimos a la vela en seguimiento de nuestro viage, con razonable tiempo, haciendo algunas diligencias por las islas, porque vinimos por su altura. No se halló nada en el golfo: hubo algunas tormentas y a 26 de diciembre vimos tierra del Cabo Mendocino y con calmas y bonanzas llegamos a este parage de Zacatula, donde se determinó de despachar aviso a Su Escelencia y en este estado quedó esta relación.

Este es un traslado bien y fielmente sacado del original del libro de Su Magestad, questá rubricado y firmado del señor Virrey Don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, que queda en poder del dicho General, que va escrito en treinta y dos fojas, que a verlo sacar y corregir se halló estar conforme con el original el Padre Diego Ibáñez y Juan de... y Domingo de Villalobos, estantes en esta dicha nao, en 22 del mes de enero de 1614 años. En testimonio de lo cual lo firmé de mi nombre y hice mis rúbricas acostumbradas.—Francisco Gordillo, escribano nombrado (V).

TRAMARON INTRIGAS EN SU CONTRA

Hasta aquí la relación de Gordillo. Cuando Vizcaíno regresó al Japón obligado por las tormentas ¿qué motivó el cambio de actitud de Ieyasu hacia él? En la trama de este asunto sin duda alguna que se movieron hilos demasiado finos en su contra para que Vizcaíno los pudiese advertir. Ya Ieyasu en su carta a don Luis de Velasco hace mención de un franco repudio a la religión católica que el virrey lo invitaba a adoptar.

Al extremo oriental del mundo llegaban también las intrigas de las cortes europeas en contra de España por medio de aventureros ingleses, holandeses y portugueses. Cuando éstos advirtieron que el Japón podía quedar dentro de la zona comercial de España, tramaron intrigar en su contra, sabiendo que cualquier infundio

que contra ella propagaran sería tomado en cuenta por los gobernantes japoneses. Así fue en efecto: corrieron la versión de que los frailes formaban la vanguardia de las conquistas militares españolas y que después de ellos llegarían los soldados. O sea que con este cuento desvirtuaban la labor de los misioneros que habían arribado al Japón desde los tiempos de San Francisco Javier. En la mentalidad de los nipones este infundio no dejó de hacer huella. Ya la embajada de Vizcaíno sufrió el primer zarpazo de la intriga.

UN NAVÍO DEL JAPÓN

Hay un testimonio de fecha 25 de enero de 1614, en que el comisionado de Acapulco da aviso a las autoridades de la capital del Virreinato, del arribo a Zacatula de la nao en que viajaba Sebastián Vizcaíno. En la misma nave venía, como embajador del príncipe de Osyú, Rocuyemon Faxicure, en compañía del fraile franciscano Luis Sotelo.

El comisario de Acapulco, licenciado Pedro Monrroy da aviso de la llegada de un navío del Japón.

En 25 deste, llegó a este puerto una junca, con 8 japoneses, un religioso y dos españoles, que la despachó el capitán de la nao, que el rey de maximino (sic) embía para este reyno, que la que el capitán Sebastián Vizcaíno llevó ahora 3 años al Japón de arribada y desaparejada, se perdió en la costa de aquel reyno. Viene en esta nao el dicho capitán por pasajero y muy enfermo. Dizen que el hijo del emperador que por la senectud de su padre gobierna el estado y los demás reyes piden al Papa y al rey religiosos para la conversión de aquel reyno. Assí mesmo dizen que las naos que de aquí fueron el año pasado para Manila llegaron en salvamento y que estava consultado para despachar este año un aviso a este reyno. Dios le traiga con bien. Dan por nuevas, que el enemigo llegó a Terrenate con 14 ó 15 naos y la capitana de ellas con mucha riqueza que traía se les fue a pique y que el gobernador para defenderse tenía 8 galeones y que estava por horas esperando el socorro de las Indias, esta acabada una fortaleza en Cabite que dizen que es una muy

gran cosa. Hasta que la nao llegue que será dentro de 3 ó 4 días, no sé otra —noticia— más que avisar a Vuestra Señoría a quien Nuestro Señor guarde. De Acapulco y Henero 25 de 1614. Licenciado Pedro Monroy. Rúbrica (V).

(Archivo General de la Nación.)

Capítulo III

LA AVENTURA DEL CAPITAN ROCUYEMON FAXICURE

El inquieto fraile Sotelo.—No paró ahí su ambición.—La marcha de los nipones.—Capitulaciones y asientos de pases entre el rey de Voxa, Ydate Masamune, y el señor virrey de Nueva España.—Rumbo a Sevilla.—Relación que propuso el embajador del Japón al rey de España.—Respuesta de su Majestad.—Su estancia en Roma.—En la corte pontificia.—Caballeros y prelados.—El final de la aventura.

EL INQUIETO FRAILE SOTELO

En este ir y venir de embajadores hay un personaje que une su nombre y sus andanzas a las primeras relaciones diplomáticas mexicanas con el Japón. Se trata del fraile franciscano Luis Sotelo, religioso natural de Sevilla que salió de España para Filipinas en el año de 1599. A su paso por la Nueva España sus compañeros de Orden le pidieron que quedara con ellos para que diera clases de teología a los novicios. Fray Luis Sotelo aceptó la petición, pero tiempo después abandonó sus clases de teología y la paz de los claustros franciscanos de la Nueva España para pasar a Filipinas.

El permiso de abandonar el reino lo obtuvo del virrey Gaspar de Zúñiga. Una vez obtenida la licencia, salió de Acapulco para Manila. Gobernaba entonces en el archipiélago filipino don Francisco Tello, con quien Sotelo tenía una vieja amistad, como que eran oriundos de la ciudad hispalense.

El padre Sotelo, con la ayuda oficial, se dio a la labor de fabri-

car una iglesia, adonde concurrieron, además de los naturales, algunos marinos japoneses ganados a la fe.

El padre Sotelo, en cuanto aprendió de sus feligreses algunas palabras en lengua japonesa, preparó su viaje al Japón. La causa la ignoramos. Quizá su resolución se deba atribuir a su celo apostólico o a su sed de aventuras, tan común en los hombres del Renacimiento. Cuando trazaba el proyecto de su viaje, murió su amigo el gobernador Tello. Don Pedro de Acuña, que le sucedió en el gobierno, no tuvo con él la misma amistad que su antecesor, lo cual le obligó a emprender el viaje, aprovechando la tolerancia que por entonces había para los europeos en el Japón a la muerte de Taico.

Fácil es escribirlo, pero arribar por entonces al Japón con un conocimiento rudimentario de su idioma y una ignorancia total de sus costumbres, no era tarea pequeña. Mas el inquieto padre Sotelo tenía a su favor la viveza de su ingenio y su don de gentes. Poseía además ciertos conocimientos rudimentarios de medicina, que le fueron de utilidad. Supo ganarse las simpatías y las voluntades, pues estando enferma una de las concubinas del príncipe de Osyú, tuvo la fortuna de sanarla, con lo cual ganó la confianza del príncipe.

En la corte de aquel rico señor logró más de una conversión al catolicismo, entre ellas la del príncipe Osyú y la de su familia. No fue fácil ni sencillo lograr que aquellos nobles señores salieran de su gentilidad y abrazaran el cristianismo.

NO PARÓ AHÍ SU AMBICIÓN

Como en todas las aventuras, no faltaron las intrigas y las envidias entre los cortesanos ávidos del favor real. Cuando Sotelo había conseguido la conversión del príncipe de Osyú, tuvo noticias del arribo al Japón de una embajada holandesa del conde Mauricio de Nassau, con intención de buscar una alianza de los príncipes japoneses en contra de España. Pedía la concesión de varios

puertos para atacar las posesiones españolas en el Lejano Oriente, a cambio de entregar a los japoneses mercancías europeas. Recordemos que por entonces Flandes luchaba contra España para lograr su libertad. A las lejanas islas niponas llegaba así el eco de un conflicto europeo. Sotelo, astuto y sagaz como de costumbre, puso en juego su habilidad política para que los holandeses fracasaran en su empeño. Así fue en efecto. Consiguió además que el emperador del Japón enviara una embajada al rey de España ofreciéndole su amistad.

Mayor triunfo no se podía esperar. Pero no paró ahí su ambición. Logró que el emperador lo nombrara su representante. Un fraile andaluz embajador de un emperador japonés en la corte de Madrid es algo digno de antología.

En 1612 salió del Japón la embajada. La nave buscó en la inmensidad del Pacífico el puerto de Acapulco, con tan mala fortuna que a poco de partir una tormenta llevó a la tripulación al borde del desastre. Fueron tantas las averías sufridas por la nave, que se vio obligada a regresar al Japón.

Mientras que se construía otra nave más resistente y capaz para tan largo viaje, Sotelo en pláticas con el príncipe de Osyú logró convencer a su protector y amigo para que él también enviase una embajada a España y a Roma. La persona escogida para tal fin fue el capitán de la guardia del príncipe, Rocuyemon Faxicure, quien pidió que lo acompañasen en el viaje su familia y unos ciento cincuenta japoneses entre amigos y criados.

La embajada salió del Japón para las costas mexicanas el día 28 de octubre de 1613. La ruta que siguió la nave fue la misma que llevaban los galeones en su viaje de Manila a Acapulco. Navegó a una latitud aproximada de 40° en la gran corriente del Pacífico del Norte, hasta acercarse a las costas americanas a la altura del cabo Mendocino. De allí giró hacia el sur, siguiendo la corriente de California, hasta llegar al puerto de Acapulco el día 25 de enero de 1614. Para entonces los viajeros habían hecho una de las travesías más peligrosas y largas de su tiempo.

En esta misma nave regresó a Acapulco Sebastián Vizcaíno, en

condiciones harto desagradables, pues habiendo partido como embajador, volvía como simple pasajero en la nave de Faxicure. Las intrigas habían triunfado en su contra.

LA MARCHA DE LOS NIPONES

La presencia de una nave japonesa en la bahía de Acapulco para aquellos tiempos era algo tan inusitado, tan fuera de toda costumbre, que la sorpresa y el comentario no se hicieron esperar.

“Cuando observaron en el puerto de Acapulco que había un buque hermoso y de gran porte empavezado con insignias reales y que en él estaban los embajadores japoneses, comisionados cerca de Su Santidad y de su magestad católica el rey de España, el justicia y los oficiales residentes en dicho puerto, resolvieron honrar a los embajadores con demostraciones y cortesías extraordinarias y como el buque hizo señales de paz y repetidas salvas con sus cañones, también del puerto las hicieron y juntándose una gran cantidad de arcabuceros, fueron con tambores y pífanos, con trompetas y timbales a recibir a los embajadores y a escoltarlos a la Casa Real, en la que fueron recibidos con grandes honores y llevados a un alojamiento que estaba ordenado de la manera más lujosa.

Tan luego como el castellano del puerto dio aviso de esto al virrey de México, recibió la orden de auxiliar en todo a los embajadores para escoltarlos hasta México. A todas las ciudades, villas y pueblos del camino se les dio también la orden de recibir a los embajadores de la mejor manera posible, con provisiones para la jornada, a fin de que en su largo y peligroso viaje no pasaran grandes trabajos y ordenó que una numerosa compañía de gentes de a caballo se uniese a los embajadores para escoltarlos hasta México. A todas las ciudades, villas y pueblos del camino se les dio también la orden de recibir a los embajadores de la manera más cortés, poniendo arcos triunfales en las calles y tapetes valiosos regados con pedacitos de oro a su paso. A la vanguardia iba la caballería y la gente armada con trompetas, timbales y otros instrumentos de música militar y en todo el camino se alojaron en las casas reales en las que fueron tratados con abundancia regia hasta llegar felizmente a la ciudad de México”.

Para los japoneses cada pueblo, cada villa a la cual llegaban era motivo de admiración y de sorpresa. El paisaje, el ambiente, el idioma, les era desconocido. Venían de un mundo distante que los europeos se empeñaban en descubrir. Para los habitantes de las poblaciones, la curiosidad y el interés por conocer a gente tan singular, no era menor. Llamábales la atención su indumentaria, sus trajes, su tipo facial. Era, en fin, una extraña embajada que ofrecía la amistad de los gobernantes del Japón, infieles a los que había que ganar a la fe.

La noticia de su arribo se propagó lo mismo en la capital del Virreinato que en las ciudades cercanas. De parte del virrey hubo la orden de recibir con toda clase de honores a los japoneses. A su llegada a la capital se les alojó en un palacio muy hermoso en las cercanías de la iglesia de San Francisco. Las visitas para los nipones, y en particular para Rocuyemon Faxicure, fueron muchas. Pronto acudieron al palacio el arzobispo, los nobles, los canónigos, los maestros universitarios, los graves inquisidores. Todo el mundo oficial, tan celoso de su dignidad y de su cargo. Los nipones por su parte tendrían para sus visitantes esa cortesía tan típicamente oriental, en que la menor reverencia, el menor ademán tiene su significado. En los anales de la diplomacia mexicana tales entrevistas merecen especial estudio, antes que los pocos detalles que de ellas se conservan los borre el paso de los siglos.

De la capital que los nipones visitaron, hay una breve descripción en el diario del viajero inglés Tomás Gage, que estuvo por México pocos años después que los nipones, en 1619. La ciudad, recoleta por el número de sus iglesias y conventos, tuvo en el tiempo de la visita de los japoneses especial aspecto, como que vivía en la cuaresma del año de 1614. Que el ambiente religioso tuvo efecto en los visitantes, lo demuestra el hecho de que setenta y ocho japoneses pudieron recibir el bautismo. En la iglesia de San Francisco se les impartió el sacramento, siendo apadrinados por muy principales señores. El mismo embajador Rocuyemon Faxicure pidió recibir el bautismo, pero por consejos del arzobispo y del padre guardián, esperó llegar a España para hacerse cristiano.

Quizá el arzobispo y el padre guardián dudaron, y no sin razón, de la sinceridad de Faxicure al pedir el bautismo. De aquí que prefirieron mejor dejar la resolución del caso a los prelados de Madrid. Mas no apresuremos el orden del relato.

El virrey, que por entonces lo era don Diego Fernández de Córdoba, recibió al embajador en palacio con mucha cortesía y júbilo. En charla con Rocuyemon Faxicure díjole que con agrado le daba el "pase" o permiso para que continuase su viaje a España, mas le recomendó que para el viaje de regreso obtuviese el permiso del rey. Las fiestas y recepciones oficiales continuaron con no menos esplendor, como que había tiempo y dinero para ello, por la paz en que por entonces vivía la Nueva España. Mas el embajador, fiel a la misión que le traía, preparó su viaje a España.

De la entrevista que el virrey tuvo con el embajador japonés, queda este documento por demás elocuente, en que a la usanza de la época, se habla de capitulaciones y de pases:

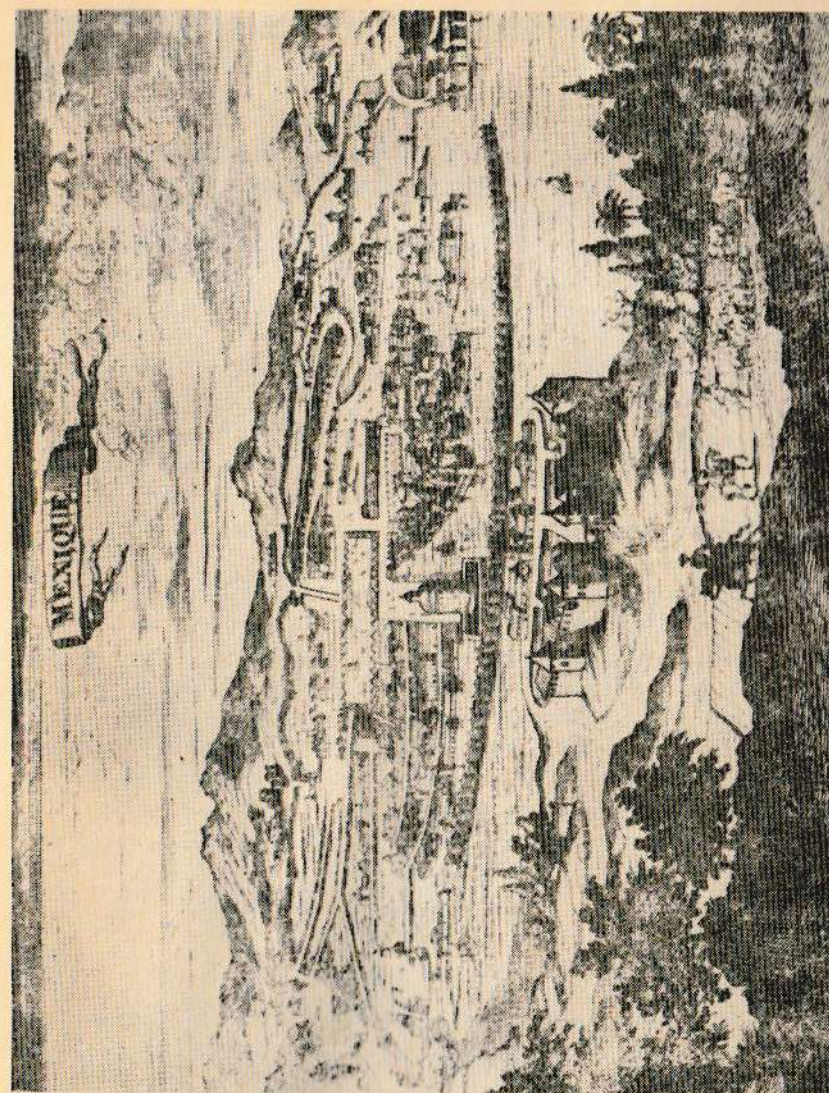
CAPITULACIONES Y ASIENTOS DE PASES ENTRE EL REY DE
VOXA, YDATE MASAMUNE, Y EL SEÑOR VIRREY
DE NUEVA ESPAÑA

Para que la santa ley de Dios sea predicada en mi reyno y para que mis vasallos se hagan cristianos, pido se me haga merced de enviarme Padres de la Orden de San Francisco, en lo qual no pondré impedimiento alguno, antes favoreceré de veras para que tenga efecto y en todo acomodaré y regalaré a dichos Padres.

Item, para que los dichos padres bengan todos los años e fabricado agora esta nao, la qual llevando género de cosas y mercaderías del Xapón se truequen por otras que de ese reyno uviere y se me haga merced de enviarlas para el servicio de mi casa.

Item, se me haga merced de darme pilotos y gente de mar para la navegación de la dicha nao, y si acaso ésta se maltratare y tuviere necesidad de algún repaso pido se dé todo buen aliño y buen avío para ella a mi costa.

Item, si las naos que de Luzón ban a Nueva España llegaren a mi reyno serán bien recibidas y en todo regalados los que en ellas binieron



Vista fantástica de la ciudad de México, publicada en el Libro de Viajes de Tondís Gage, impreso en Amsterdam (1694-95).

y aunque se rompan y maltraten mandaré rigurosamente que toda la ropa y cosas que traxeren se recojan y entreguen a los dichos sin faltar cosa alguna, y si acaso se quisieren reparar o fabricar de nuevo acudiré puntualmente a su comodidad y regalo.

Item, si Vuestra Excelencia quisiere mandar fabricar naos en mi tierra daré para ello madera, carpinteros, herreros y todas las demás cosas necesarias a los precios comunes que entonces corrieren.

Item, si de ese gran reyno en algún tiempo biniere alguna nao con grande aplauso y regalo será bien recibida y en el comprar y bender y todas las demás cosas apretadamente mandaré que sea su voluntad y libertad sin inpusición alguna.

Item, si en algún tiempo algunos españoles se quisiesen quedar en mis tierras a bivar, les daré sitio y tierras y en todas las demás cosas que bien le estuviere mandaré rigurosamente que acudan a su favor sin que en ello aya falta y si acaso entre los españoles y xaponés tuvieren pleito, ruidos o qualquiera otra diferencia, a los tales mandaré entregar al español, que entre ellos fuere cabeza o juez, para que conforme a sus leyes desida la causa y haga justicia entre ellos según le pareciere.

Item, a los yngleses y olandeses y a qualesquier otros que fueren enemigos del Rey de España y si binieren a mi reyno haré justicia de todos ellos y los mandaré matar; y las demás cosas remito a lo que dixire y asentare el Padre fray Sotelo. Estas pazes y asientos entre el Señor Virrey de la Nueva España y el Rey de Voxu, Idate Masamune, perpetuamente se an de guardar y cumplir de entrambas partes sin faltar en cosa alguna y así lo afirmé en la era de Quecho a los 18 años a los 4 días de la luna nueva, que es a los 16 de octubre, 1613 años.

La firma es Idate Masamune con su rúbrica.

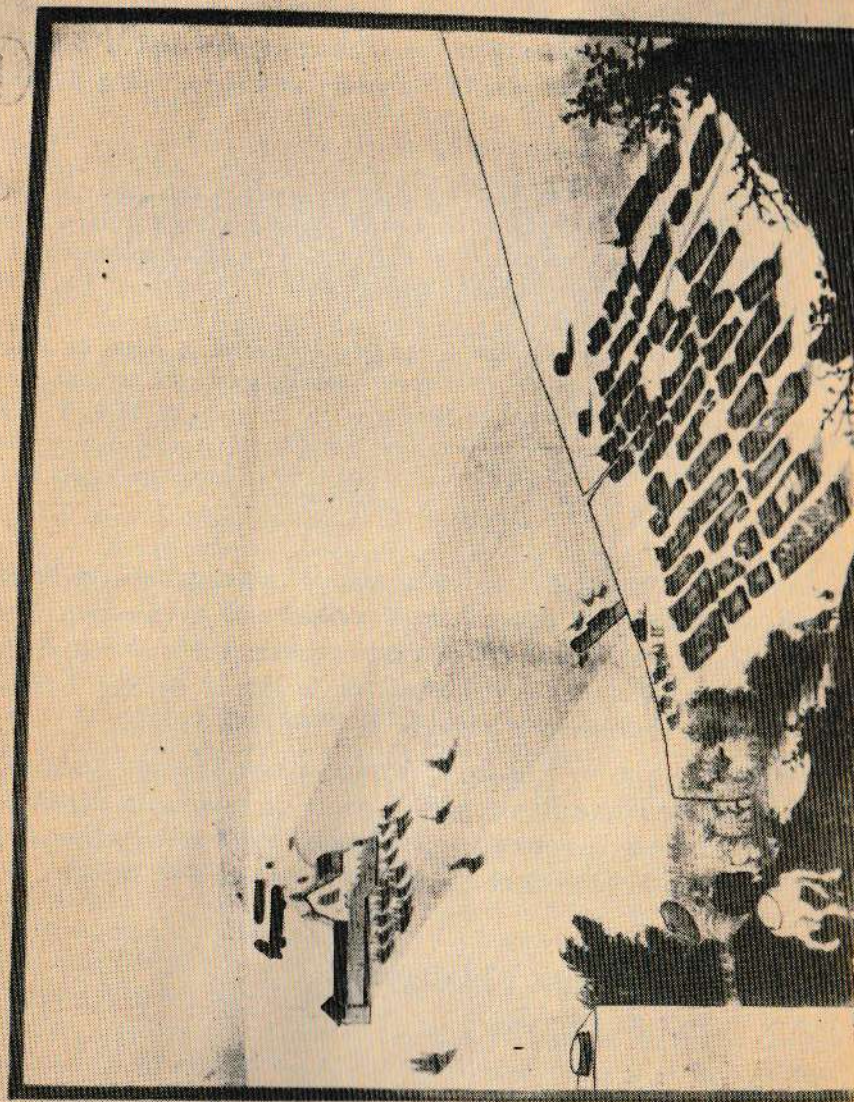
El nombre de su divinidad es Marçundayda Matçunocami (Matsudaira Mutsunokami), sellado con el sello de su cámara, conque sella las cosas graves que salen de su reyno.

(Archivo General del Reino, Simancas) (V).

RUMBO A SEVILLA

No pudiendo acompañarle todos sus ayudantes y criados en tan largo y fatigoso viaje, Rocuyemon seleccionó entre ellos un pequeño número, disponiendo que el resto de los japoneses volviese a Acapulco en espera de su regreso.

Por fin, el embajador emprendió el viaje a Veracruz en com-



Vista de la población de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa, por el año de 1621, según dibujo del ingeniero holandés Adriaen Boot.

pañía de su familia y de sus principales ayudantes. El día de la Ascensión salió para la Puebla de los Angeles, en donde el oidor don Tristán de Arellano le tenía preparada una rumbosa fiesta, en que figuraba algo totalmente desconocido para los nipones: corridas de toros y juegos de cañas. Prosiguieron luego la marcha. Por orden del padre provincial dábanles posada en los conventos franciscanos.

Llegaron así a "San Juan de Ulúa, en donde el general de la flota, el castellano de la fortaleza, el alcalde mayor y otros servidores reales y muchos vecinos principales lo recibieron a toque de trompetas y al batir de los tímboles, acompañándolos hasta el convento de San Francisco, donde se alojaron.

Después de haber visitado la fortaleza en medio de salvas de artillería, estando listo uno de los mejores buques para recibir al embajador, se embarcó éste con toda su familia el 10. de junio de 1614. Y navegando de conserva con la flota que mandaba el general don Antonio de Oquendo llegó a la Habana el 23 de julio y finalmente a San Lucas de Barrameda el 5 de octubre de 1614" (V).

Conviene recordar que a Rocuyemon lo acompañaba el P. Sotelo como emisario y guía. Fueron recibidos en Sevilla por el rey Felipe III; y en febrero del siguiente año de 1615, el embajador Rocuyemon Faxicure fue bautizado en la iglesia de San Lorenzo del Escorial, recibiendo el nombre de Philipo Francisco.

De su estancia en España se conserva una relación publicada en Sevilla por Diego Pérez, posible copia de una carta del P. Sotelo. Se refiere a la entrega de credenciales del embajador al rey Felipe III, en la ciudad de Sevilla:

RELACIÓN QUE PROPUSO EL EMBAJADOR DEL JAPÓN AL REY DE ESPAÑA

Vino orden de Su Magestad, para que fuese a besarle la mano el embajador, lo qual se hizo vienes a treinta de henero (1615). Enviáronnos tres coches con uno de sus cavalleris. Teníanos prebenidos mu-

chos caballos y coches que fueron costeando hasta palacio, donde estava ynfinita jente y entrando hallamos la guarda en los corredores junta, y allí entramos, abriendo al tiempo de entrar la puerta grande de la sala de corte. El embajador mudó de bestido, y se puso las ynsignias con que parecen los nobles ante la presencia real, y deteniéndonos allí, nos hicieron entrar después más adentro, donde estava Su Magestad debajo del sitial empié y arimado a un bufete y con él siete grandes, sin otros muchos títulos y cavalleros, todos empié y destocados, sino eran los grandes que estaban cubiertos. Entramos, el embajador y el Padre Comisario General y el Padre Sotelo, llevándole en medio, haziendo nuestras tres cortesías, hasta llegar a pedir las manos a Su Magestad, el qual quitó el sombrero y inclinado un poco el cuerpo dixo que nos levantásemos. Puesto en pie el embajador propuso el rasonamiento que con esta va y yo le expliqué a Su Magestad y él respondió lo que ay va escrito, y el embajador hincando la rodilla bessó y pusso sobre la cabeza la carta y capitulaciones de su rey y se las dio de sus propias manos a Su Magestad, que es la siguiente:

De la manera de el que viene buscando la luz, después de aver passado muchos trabajos, encontrando con ella se alegra y se regozija, así yo viniendo de tierra que carece de la luz del cielo a buscarla a el lugar que abunda de ella, entrando en la presencia de Vuestra Magestad que es el sol que alumbra la mayor parte del mundo, los trabajos del mar y tierra se me olvidan y me hallo muy alegre y honrado.

La tierra de donde vengo (a lo que entiendo) es la más apartada desta, de quantas ay en el mundo; llámase el Japón, en el reyno del Bujo (sic), es de Idate Masamune mi señor y rey del.

Las causas de enbiarme son dos: la una que aviendo oydo las cosas de la santa Luz de Dios, le pareció santa y buena, y camino no sólo de salvación, y perpetuo de asegurar sus estados. Y así determinó de enbiarme a la presencia de V. M. como a la columna firme de la Iglesia, a suplicarle hiziese merced de enbiar religiosos, para que el pertrecho de conocer a Dios y a su Santa Ley, no sólo fuese suyo, sino de todos sus vassallos; y también a bessar el pie a el Santo Padre, para que como padre universal de los christianos, a los religiosos que Vuestra Magestad enbiare, ampare y conceda lo que para este fin más bien estuviere, ordenando lo que más convenga.

La segunda causa de mi venida es, que sabiendo el Rey de Broxu (sic) mi señor la grandeza de Vuestra Magestad, y la benignidad con que recibe debajo de sus alas a los que se quieren amparar dellas, quiso que viniesse en su nombre a poner su persona, su reino quanto en él uviere debajo de las de Vuestra Magestad, offreciéndole su amistad y

su servicio, para que si desde agora en cualquier otro tiempo qualquiera destas cosas o todas juntas fueren apropósito para el servicio de vuestra Magestad las emplearía, e él con gran contento y voluntad.

Con estos intentos e venido desde el Japón a la presencia de vuestra Magestad, y en conformidad dellos traigo cartas y recaudos; y agora hallándome en ella, y casi en el remate donde se an de conseguir huelgo de aver passado por mar y tierra las incomodidades de tan largo camino, y porque estas no se queden sin premio, suplico a Vuestra Magestad me conceda lo que yo más estimare, y que es ser hecho christiano por sus reales manos, que aunque lo e desseado en otras tierras de propósito se a dilatado hasta aquí por consejo de personas graves, para que haziendo en su presencia eso mismo en el Japón será causa de estimarse acto semejante.

RESPUESTA DE SU MAJESTAD

A sido grande el contento y alegría que avemos recibido en saber que la santa ley de Dios se promulgue por aquellas tierras, y en particular en reyno donde la gente es tan capaz e ingeniosa, y estimamos en mucho, que en nuestro tiempo vengán tan de lejos a buscarla a nuestros reynos, no siendo nuestro desseo otro, sino el aumento y propagación del Santo Evangelio. Son las nuevas que más estimamos, y en la que traydo se echa de ver la mucha fuerza de quien le enbía, siendo tan propio de nuestro cuydado el proveer a cosa tan justa como la que pide, puede estar cierto acudiremos de veras a que se provea lo que para ello fuere más necesario. La oferta y amistad que nos haze estimamos y agradece-mos mucho, y lo que toca a nuestra parte agora, ni en ningún tiempo, no abrá falta en ella. En quanto a los assientos y cosas que más conven-gan para esto, quando pareciere más acomodado tiempo daremos audien-cia para tratar dello. El desseo con que viene de ser christiano nos a ale-grado grandemente, y estimamos que esso sea en nuestra presencia, acu-diremos a ello conforme su desseo y luego daremos orden como más convenga.

Salieron de palacio con todo el acompañamiento de grandes, estando las calles y ventanas tan pobladas de gente, que era para dar gracia a Dios. Llegamos a San Francisco donde se nos dio un quarto de la misma casa para nuestro ospedaje y va delante el repostero de Su Magestad, y se sirve con su mesma baxilla, haziéndole Su Magestad la costa. En este estado estamos agora; espéranse grandes mercedes de Su Magestad (V).



Andalucía, según los trabajos cartográficos de Jerónimo de Chaves.

Hasta aquí la relación del padre Sotelo en España. Lástima que no se conozca ningún comentario hecho por los japoneses del extraño mundo que conocían. En su mentalidad oriental, todo el ceremonial de la corte de Felipe III, debió de parecerles por demás inusitado.

De España la embajada salió para Roma recorriendo el sur de Francia y Suiza, para presentar sus credenciales al Papa Paulo V, quien confirmó en la fe al embajador.

SU ESTANCIA EN ROMA

De la estancia del embajador en Roma y del cortejo de japoneses que lo acompañó en tan desusado viaje, desde sus lejanas islas a la corte pontificia de Paulo V, hay una breve relación escrita por el inquieto P. Sotelo, a un superior de su Orden, posiblemente con residencia en Madrid. Para otro cronista más sagaz que el P. Sotelo, el relato de tan original embajada le hubiera dado el tema para llenar no una cuartilla sino un grueso volumen escrito con una larga pluma de ave. Mas el religioso que nos ocupa, quizá poco entendido o poco avezado en el manejo de la pluma, se concretó a escribir una simple carta.

La ciudad de Roma que visitaron, era la Roma de la segunda década del siglo XVII. Sotelo menciona varios edificios: el palacio del cardenal Borghese, la Basílica de San Juan de Letrán y San Pedro, una "gran casa, donde a la puerta hallamos a la guardia del Papa", la "casa de un cardenal a cuyas ventanas se asomó él mismo y otro prelado de la Iglesia"; el castillo de San Angelo donde hubo música de atabales y chirimías, y la casa de Aracoeli, en que fueron muy bien aposentados. Menciona un desfile de los japoneses de la Basílica de San Juan de Letrán a la de San Pedro. No da detalles ni indica por dónde pasó el extraño cortejo de los orientales. Dada su importancia es de imaginar que hayan recorrido las principales avenidas de la Ciudad Eterna.

Saliendo de la Basílica de San Giovanni in Laterano quizá con-

tinuaron por la vía del mismo nombre, hasta llegar a las termas de Trajano, a uno de los costados del Coliseo, para continuar por la vía del Foro Imperial hasta la monumental iglesia de San Ignacio. Caminarían después hacia el oriente por las cercanías de la iglesia de Aracoeli hasta llegar al Panteón de Agripa. Continuarían por las cercanías del Palacio Madama acercándose a la ribera del Tíber, buscando el puente más cercano al castillo de San Angelo, para encaminarse finalmente a la Basílica de San Pedro. O sea que los nipones tuvieron la ocasión de admirar los monumentos más grandiosos de la antigua Roma como el Panteón de Agripa y la Basílica de San Pedro, entre los edificios del Renacimiento.

El mismo padre Sotelo se encarga de decir que para mirar la embajada de los nipones, estaban llenas de gente tanto las calles como las ventanas y las azoteas de las casas y los palacios. Era natural que así sucediera, como que en la historia de Roma pocas embajadas habían sido tan originales.

Mas citemos aquí los principales párrafos del relato del P. Sotelo:

EN LA CORTE PONTIFICIA

Relación verdadera del recibimiento que la santidad del papa Paulo quinto y los mas cardenales hizieron en Roma el embajador de los japoneses, que desta ciudad de Sevilla partió el año pasado.

Escrito por el padre fray Luis Sotelo desde Roma a un religioso grave desta ciudad.

Por averme vuestra paternidad mandado le avissasse de todo lo que por acá passasse, lo hago, aora, que es la primera ocasión que el tiempo a dado lugar para ello. Primeramente a sido nuestro señor servido, que hemos llegado a esta Corte Romana, donde Su Santidad, y toda esta corte an recibido grandíssimo contento con la venida de los japoneses.

En entrando en tierra de Su Santidad, embió el Cardenal Borghese su carroza, con otras tres para nuestra entrada quarenta millas antes de Roma, y repuesto recámaras, gente de servicio y comida para toda la gente y azemilas para el hato, todo con tanta abundancia y regalo, que no se puede dezir, y un privado suyo, cura de la Yglesia, que nos

acompañasse, como lo hizo, hasta que llegamos cerca de la ciudad, donde salieron algunos coches y cavallos a recibirnos.

Lleváronnos derechos al pie de Su Santidad, que nos recibió con grandes muestras de alegría haciendo particular honra al embaxador. Visitamos luego en su palacio al Cardenal Borghese y al Príncipe sobrino del Papa, los cuales nos ofrecieron grandes mercedes y esperamos nos las concederán por la buena voluntad que todos muestran de acudir a estas cosas, por ser tanto del servicio de nuestro Señor. De allí nos truxeron a San Juan de Letrán, donde nos aposentaron en el quarto de Su Santidad, y sus mismos ministros nos sirven a todos, como se hizo en el Alcázar de Sevilla. Los manjares y lo demás son de los mismos que se sirven a la mesa del Papa.

Día de los Apóstoles San Simón y Judas estava ordenado el recibimiento y paseo por la ciudad, con grande acompañamiento de a cavallo y coches, y porque hazía tiempo pardo y llovía un poco, ordenó Su Santidad, que fuesse el recibimiento y paseo otro día, el primero que hiziesse buen tiempo, pero haciéndonos larga cualquiera dilación, pedimos a Su Santidad, que fuesse el día siguiente que hizo mejor —tiempo— y fue así.

Vino el gentilhombre del cardenal Borghese, que como dixe, es cura de una yglesia, juntamente con el maestro de ceremonias del Papa, y con nuestro procurador de corte. Fuymos los religiosos que venimos con el embaxador en la carroza del Cardenal Borghese, y los demás japones en otros dos coches, hasta el claustro de San Pedro, que es una legua, desde el convento de Araceli; venimos luego a una gran casa, donde a la puerta hallamos la guarda del Papa.

Y estava para el embaxador el cavallo de Su Santidad, y para los otros tres japones principales, tres cavallos ricamente aderezados, sin otros muchos que avía para los criados del Embaxador, todos muy buenos, y con buenos jaezes. Entramos en la casa del campo, donde vinieron el sobrino del Papa y toda la cavallería de Roma, de los Cardenales, sus familiares, y de los embaxadores que estaban en Roma; aunque el de España estava fuera con su muger, pero no por eso faltaron allí los familiares de su casa.

Llegados todos, y hecho su comedimiento al Embaxador japon y al sobrino del Papa, que estava con él como apadrinándole sin quitarse de su lado izquierdo hasta que bolvimos a casa, subió el Embaxador en su cavallo, y los demás todos en los suyos, con la guarda delante y detrás, juntamente con el concurso de la gente que era mucha.

Precedían el cavallo del Embaxador, algunos japones con otros muchos cavalleros, que los seguían por su orden a todas bandas.

Y al fin el embaxador, llevando delante quatro japones con sus armas a modo de Japón.

Venían los tres japones principales, a saber Don Pedro, Don Tomás y Don Francisco, vestidos como lo andavan en Sevilla (V).

CABALLEROS Y PRELADOS

Don Pedro como bonzo, con bonete de dos picos, que ya ninguno de los tres trae armas, ni cabello atrás como los que son soldados. En pasando cerca de San Pedro, tocaron los atabales y flautas, haciendo música sobre las almenas, y passando San Pedro tiraron veynte y ocho piezas grosísimas.

Luego llegamos a casa de un cardenal, a cuyas ventanas se assomó él mismo y otros prelados de la Yglesia, cosa que jamás an hecho los cardenales en semejantes ocasiones, como lo hizieron aquí éste y otros, asomándose en público a sus ventanas.

Estavan todas las demás calles estremada y curiosamente cargadas, quajados los terrados y ventanas de cavalleros y damas, prelados y religiosos, y por las calles y plazas infinitos coches, porque son los que ay en Roma muchos, más que en la corte de Madrid. Dixerón algunos, que el papa viera este paseo desde sus ventanas por debaxo una vidriera y que dando muchas muestras de alegría repitiera algunas veces bella cosa y levantando los ojos al cielo, dio gracias a Dios, que avía traydo de tan lexos aquellos idólatras al conocimiento del verdadero Dios.

Venía toda la gente mostrando un general regozijo, con un aplauzo universal de toda la ciudad. Llegó el cardenal Borghese, que es el más privado del Papa, y a tomado como propia esta causa de Dios, y después de muchos comedimientos, hizo entrar en el coche al Embaxador y sobrino de Su Santidad, y le hizieron pasar hasta que llegamos los religiosos que veníamos un poco atrás, en el coche del cardenal Borghese. Llegamos al Castillo de San Angel, donde uvo música de atabales y chirimías; y en passando del, uvo otra de más de cien piezas de artillería, que una a una fueron disparando por su orden y compás, mientras passamos a una calle muy grande.

Destá suerte llegamos a esta casa de Araceli, donde avía atabales y música, y allí se despidieron todos con grande alegría, y nos dexaron muy bien aposentados. Han venido a visitar al Embaxador de parte de muchos cardenales, y otras visitas muy calificadas. Han sido muy celebrados algunos dichos del Embaxador y respuestas que da y finalmente le tienen por hombre de grande entendimiento y capacidad, como lo es.

Ha mandado el papa a los criados que nos sirven, que quando el Embaxador quisiere yr a ganar las estaciones de Roma, o quisiere salir de casa, o de la ciudad a alguna recreación, llevasen para esse efecto su repostería y le regalassen con todo el gusto posible.

Y finalmente, en todo lo que el Papa puede le hazer demostración de honrarle y regalarle, lo haze, y confío en nuestro Señor, le concederá todo lo que pide, y despachará presto, de todo lo qual avisaré a Vuestra Paternidad en todas las ocasiones que se ofrezcan.

Laus Deo.

(Academia de la Historia, Madrid. Jesuitas, tomo 92, No. 60) (V).

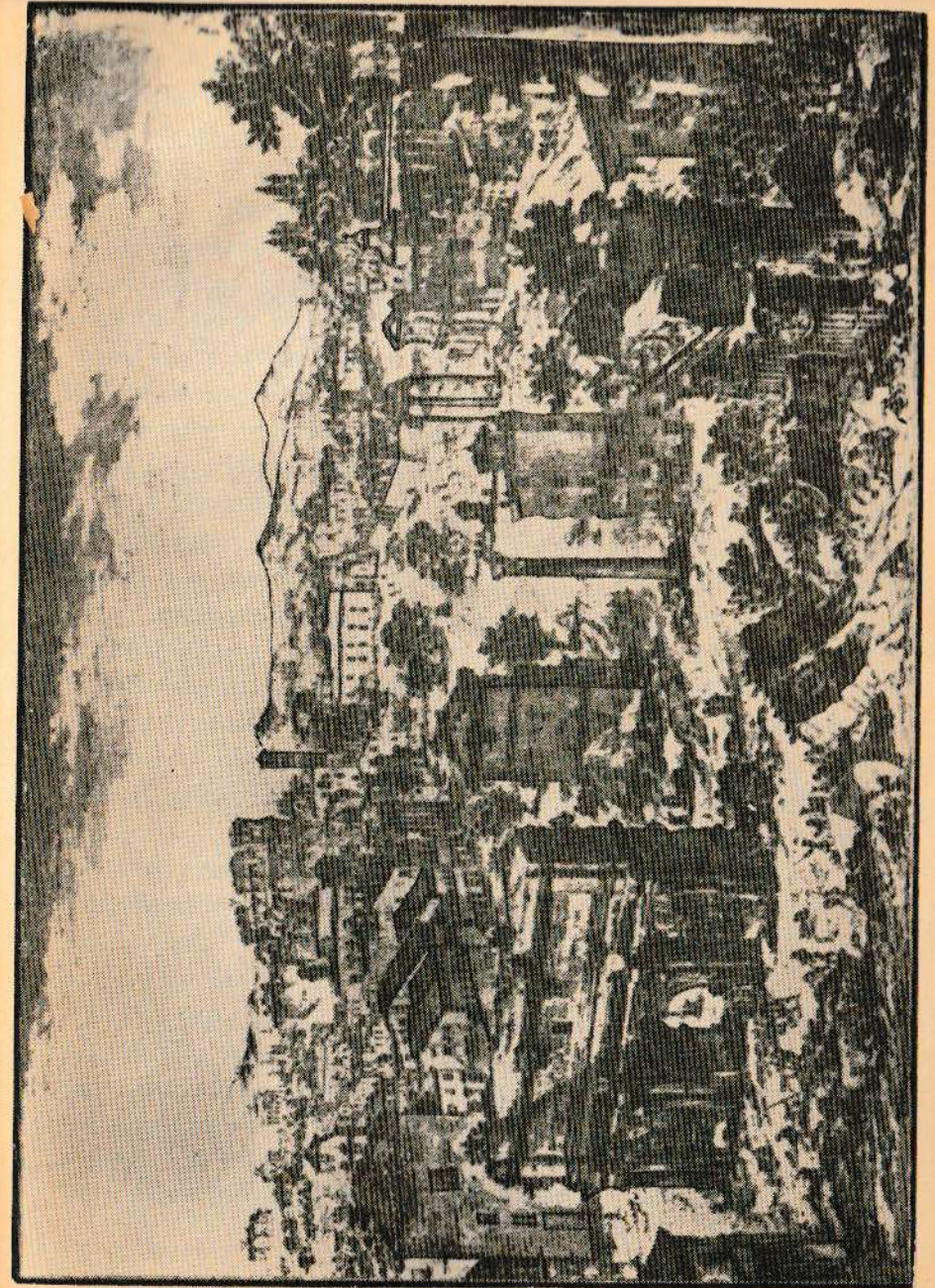
EL FINAL DE LA AVENTURA

Dos años permaneció en Europa el embajador en compañía de su séquito. Cuando volvió a la Nueva España había adoptado la indumentaria de los nobles españoles. Vestía de luto ceremonioso, color que tan sólo era alterado por el blanco encaje de la gorguerra. Cuando llegó a Acapulco tuvo la sorpresa de enterarse de que sus ayudantes, mezclados con la población nativa del puerto, habían procreado niños de facciones francamente orientales. Algunos de los nipones acompañaron a su señor en su viaje de regreso a su país, otros en cambio, quedaron en el puerto como vivo testimonio de la primera embajada venida del Japón en 1614. Rocuyemon Faxicure subió a su nave Date Marú rumbo al Oriente.

Desgraciadamente se desconoce o se perdió en los archivos japoneses el memorial que el embajador entregó al shogú para informarle de su extraordinario viaje.

Para entonces había principiado en el Japón la gran persecución contra los cristianos. Al embajador se le obligó a que abjurara del cristianismo para que pudiera ser admitido en la Corte. El P. Sotelo, a quien Su Santidad consagró como obispo de la parte meridional y septentrional del Japón, a su regreso fue hecho prisionero en unión de cuatro religiosos y encerrado en un lóbrego calabozo. Tiempo después, junto con sus compañeros de cautiverio, fue quemado vivo en Omura.

Resumiendo: al final de la aventura, cada uno de los princi-



Antiguo foro de la ciudad de Roma en los años del Renacimiento.

pales personajes de esta extraña embajada toma el lugar que le corresponde: Rocuyemon reniega del cristianismo o descubre que tan sólo pidió el bautismo para estar en posibilidad de obtener una mayor información, de los países occidentales que visitó, para el emperador del Japón. El padre Sotelo, por el contrario, mezclado más de una vez en la política de los príncipes nipones, se glorifica en la fe del cristianismo al recibir el martirio.

En 1620 la persecución de los cristianos arreció. Fue vedado el comercio con españoles, portugueses e ingleses y tan sólo se toleró con los holandeses. En estas condiciones por demás difíciles para propios y extraños, aún se aventuraron algunas naves japonesas a emprender el viaje a Acapulco, en busca de comercio. Los peligros de tal navegación eran muchos, pero al parecer quedaban compensados con las utilidades que el tráfico les dejaba con puerto tan distante. En el año de 1636 el shogú Iemitsu ordenó destruir las naves de alto bordo, prohibió la salida de sus súbditos del Japón y todo trato con extranjeros, o sea que con esta disposición cerró las playas de su país en un secular aislamiento.

Los gobernantes que le siguieron mantuvieron la misma política. Las circunstancias los favorecían. Por entonces las naves europeas no osaban acercarse a sus costas, preferían mejor buscar el comercio con las islas vecinas, con las Molucas por ejemplo, cuyos productos vegetales como la canela, el clavo y la nuez moscada eran pagados a precio de oro en los mercados europeos.

De las primeras relaciones diplomáticas y comerciales entre la Nueva España y el Japón tan sólo quedan algunos documentos dispersos en los archivos japoneses, documentos que como el señor Lera asienta, presentan al investigador la dificultad del idioma en que están escritos y el desconocimiento del sitio en que se guardan. De aquí la dificultad de reconstruir este capítulo histórico. Los nombres, las fechas, los testimonios se suceden sin la suficiente abundancia como para poder reconstruir la trama de aquellos sucesos, en que por igual se mezclaron las ambiciones y los temores de los daimios nipones con las intrigas de los europeos, en su afán de destruir el imperio católico español.

A LA VERA DEL TEXTO

Dos cartas de Vizcaíno.—Rica de Oro y Rica de Plata.

DOS CARTAS DE VIZCAÍNO

Sebastián Vizcaíno, viendo el curso que tomaba su embajada, escribió dos cartas, la una para el marqués de Salinas, de fecha 20 de marzo de 1614, y la otra para el Rey, el 20 de mayo del mismo año. A pesar de ellas nada obtuvo en pago de las mil penalidades y sufrimientos que padeció en tan largo viaje.

Carta de Sebastián Vizcaíno al Marqués de Salinas.
México, 20 de marzo de 1614.

Ya se acordará Vuestra Excelencia de la horden que me dio para ver al Emperador del Japón y a su hijo, el Príncipe, y el recaudo y presente que para ellos llevaba. En execución de la dicha horden se los di y en correspondencia de ellos me dieron la respuesta en cartas a su usanza, que traducidas en romanze y originales envió a Vuestra Excelencia y aunque me entregaron de presente para Vuestra Excelencia cinco cajas de biombos y tres pares de armas no las envió yo a Vuestra Excelencia, porque en Acapulco se me hizieron fuertes frailes y japones que no se me habían de entregar, con tanta fuerza de atrevimiento que faltó muy poco para perderse el pueblo. Al fin salieron con la suya y ellos las trujeron hasta México y lo llevaron al Virrey y lo reprendió y mandó se entregase todo al señor don Fernando para que lo enviase a Vuestra Excelencia y así se hizo. Hallá conozerá Vuestra Excelencia al Padre Fray Luis Sotelo, que según sus cosas poco fue suceder esto por su ocasión (sic) que más adelante pasa su ánimo y atrevimiento, pues va a Castilla y Roma con quimeras de embaxadas

y pide frayles para el Japón. Deve de ser para que se vengan otro año haviendo costeadado a su Magestad como él y otro lo han hecho en este navío. No se espante Vuestra Excelencia que diga de mí mucho mal, que como traygo sus cosas entendidas y no soy de su yntención no nos avenimos.

Al Marqués de Salinas, mi Señor.

(Archivo General de Indias. Sevilla) (V).

México 20 de mayo de 1614.

Carta de Sebastián Vizcaíno al Rey de España.

En conformidad de orden, que el Marqués de Salinas gobernando este reyno tubo de Vuestra Magestad me despachó el año de seiscientos y once al descubrimiento de las Yslas Rica de Oro y Plata y llebar a su tierra ciertos japones que Don Rodrigo de Rivero truxo del reyno del Japón el año antecedente y dar embajada al Emperador y Príncipe del con ciertos presentes. Mediante la cual dicha orden salí del puerto de Acapulco a 22 de marzo, dicho año llegué a dicho reyno a diez de junio del, y luego di aviso al dicho Emperador y Príncipe de mi llegada, pidiéndoles licencia para subir a su corte a dar la dicha embajada y haviendo llegado a su presencia me recibieron como a embajador, haziéndome muchas cortesías y guardándome los términos y preheminencias acostumbrados a los embajadores de Vuestra Magestad y diéronme licencia para demarcar y sondar todos los puertos del Reyno de Japón de la banda de este, do llegué a los quarenta y un grado y descubrí gran cantidad de puertos, como ya Vuestra Magestad abrá entendido por la relación que el Marqués de Guadalcazar, Virrey de esta Nueva España, despachó en el aviso pasado, cuya demarcación graduada ymbía en este despacho el dicho Marqués.

Y cumplida la orden que llevé a dicho reyno de Japón y prebenido para mi buelta a descubrir las dichas islas salí del puerto de Urangava a los diez de septiembre de 612, y dándome Dios buenos tiempos bine al paradero, donde dezía la orden que lleve allaría las dichas islas y buscándolas por altura de treinta y seis grados no se hallaron, ni por treinta y siete, ni treinta y ocho y bolví a disminuir a treinta y cinco, y treinta y cuatro do me ocupé en hacer esta diligencia hasta diez y ocho de octubre y no los allé. Y estando ya determinado de seguir mi viaje para Acapulco me dio gran tormenta que me rindió y abrió el navío en que fue necesario cortar los árboles y con unas bandolas, al cabo de seis días torné arribar al dicho reyno de Xapón con las mayores necesidades y trabajos que se pueda dezir.

Dí aviso al dicho Emperador de mi buelta, pidiéndole socorro para aderesar el navío y otros gastos y tomar el año siguiente a hacer el dicho viaje. Respondió lo daría y al fin no lo cumplió como gentil.

Hize otras muchas diligencias para poder salir del dicho reyno; no allé remedio para ello, y así por escusar gastos y salir de entre infieles acomodé mi gente en un navío de Mazamonendono, un japon principal, que por orden de un frayle fabricó, en que vinieron a esta tierra cantidad de xapones con achaque de que ynbía embajador a nuestro Santísimo Padre y a Vuestra Magestad, bien fuera de la verdad, porque el interese de sus mercaderías les trae.

De haver echo este viaje a Japón y visto las cosas como corren y el estado que tienen y que en la mayor parte estoy cierto no se trata a Vuestra Magestad la verdad y puntualidad que se debe, yo me hallo obligado descargando mi conciencia a informar a Vuestra Magestad de lo que siento, para que haviendo visto o oído a frailes que ban de Xapón a esa Corte, Vuestra Magestad ordene, próbea y mande lo que sobre todo más fuere servido...

Nuestro Señor guarde a Vuestra Magestad los años y con los acrecentamientos que yo desco.

México y mayo 20 de 1614.

Sebastián Vizcaíno. (V)

(Archivo General de Indias, Sevilla).

RICA DE ORO Y RICA DE PLATA

Rica de Oro y Rica de Plata son los nombres de dos islas imaginarias que con avidez se buscaron en el océano Pacífico, desde las últimas décadas del siglo XVI a los primeros años del siglo XVIII. La leyenda se prendió de sus nombres e hizo de ellas lugares en donde el oro y la plata se ofrecían a granel a todo aquel que arribara a sus playas. ¿Quién fue el primero que quiso descubrirlas? Se habló de ellas lo mismo en el Extremo Oriente que en América, o bien en las cortes de Madrid y de Lisboa. En las cartas de navegación se llegó a dibujar su perfil con no menos incertidumbre que fantasía.

Espanoles y portugueses se dieron a su búsqueda. Los pilotos de las naves, tejiendo relatos y sucesos, aseguraban haber llega-

do a las cercanías de sus costas, aunque sin haber visto sus playas y menos aún haber atesorado sus metales. Lo mismo se situaron en la vecindad del Japón que de California; pues en la amplitud del mar, espacio no faltaba para darles acomodo.

Al descubrirse el Nuevo Mundo renacieron relatos y fábulas de la antigüedad clásica. No había dificultad para suponer la existencia de Rica de Oro y Rica de Plata, en donde se jugaba con los límites de lo inusitado. Recordemos la leyenda de la fuente de la eterna juventud en Florida y la tierra del Dorado en América del Sur.

La fantasía de las islas resistió el paso de los años: a fines del siglo XVIII aún se buscaban en el Pacífico. La riqueza de las minas americanas no logró que se olvidaran sus nombres: Rica de Oro y Rica de Plata. Se pensó que en ellas existían vetas del precioso metal, que lo mismo lucía en el estofado de los retablos, que en las monedas con la efigie del rey.

Francisco Gali oyó hablar a los portugueses de ellas, estando en Macao en el año de 1582. Fray Andrés de Aguirre, amigo y compañero de Urdaneta en su viaje al Oriente, escuchó de Gali el relato de las islas. Para fray Andrés el descubrimiento de tierras tan misteriosas no podría menos que atizar su interés. Fue así como dos años después, o sea en 1584, pidió por escrito al arzobispo Moya de Contreras, que por entonces tenía también la alta dignidad de virrey de la Nueva España, de que fuera el mismo Gali el que buscara las islas al explorar las costas de California.

El fraile, en su carta al arzobispo le dice que una nave portuguesa navegando de Malaca al Japón había llegado a las ínsulas. En asuntos de geografía hubo caprichos y suposiciones que jamás se volverán a repetir. Si los portugueses llegaron a las islas en un viaje de Malaca al Japón, muy difícil era en verdad que Gali llegara a ellas explorando las costas de California. Mas si todo se hubiera sujetado al rigor científico, se habría perdido para siempre la noción de la aventura.

Gali, uno de los mejores marinos de su tiempo, que hizo varios viajes del Oriente al puerto de Acapulco, murió en Manila en

1585 sin haber dado cumplimiento a la orden del arzobispo-virrey. Pedro de Unamuno, que le sucedió en la encomienda, hizo el viaje de Malaca a Acapulco dos años después. Por más empeño que puso, al llegar a Acapulco tuvo que informar no haber descubierto las islas.

Hubo otro factor que hizo que la búsqueda de las ínsulas continuara: la necesidad de una isla o de un puerto de escala para los galeones en su viaje de Acapulco a Manila y viceversa. Se dirá que existen las islas Hawaii, pero de hecho su descubrimiento quedó reservado para el capitán Cook en 1778. Sea por el viaje de los galeones o por la riqueza que se esperaba encontrar, siguió la búsqueda de las islas de manera por demás caprichosa e insistente.

En la trampa de la fantasía no únicamente cayeron portugueses y españoles. Los holandeses también mordieron el anzuelo. Willem Verstegen, agente de la Compañía de las Indias Orientales, supo estando en el Japón del empeño que tanto españoles como lusitanos tenían en dar con las islas. La información en sí era demasiado valiosa para echarla al olvido. En 1635 informó de las islas a Van Diemen, nuevo gobernador general de Batavia. Bien fuera porque se dudó de su existencia o por carecer de elementos, no fue sino hasta 1639 cuando se mandaron dos naves en su búsqueda, al mando de Matthijs Quast y Abel Janszoon Tasman, que tres años después descubrió Nueva Zelanda y la isla que lleva su nombre. Las órdenes que Van Diemen dio a los capitanes de las naves fueron por demás ambiciosas: si la expedición no lograba descubrir a Rica de Oro y Rica de Plata, exploraría las costas de Corea y de Tartaria, como también las inmediaciones del archipiélago de Los Ladrones, para intentar el asalto del galeón en su viaje de Acapulco a Manila.

Los holandeses a pesar de su empeño no pudieron cumplir con los deseos de Van Diemen. Casi cinco meses permanecieron en los mares del este del Japón, siendo azotadas sus naves una y más veces por la furia de las tormentas. Cuando regresaron a su puerto de Formosa, casi la mitad de la tripulación había muerto víctima de las penalidades en el mar.

A pesar de este desastre Van Diemen persistió en su empeño. En 1643 mandó una segunda expedición compuesta de dos naves al mando de Maarten Gerritszoon Vries y Hendrik Corneliszoon Schaep. Las naves recorrieron las costas del este del Japón, hasta una latitud nunca antes alcanzada por ningún europeo, pero todo fue en vano. Las tierras en cuestión no fueron descubiertas.

La leyenda subsistió por mucho tiempo. Más de un piloto aseguró pasar cerca de ellas. Los ejemplos son varios: en 1703, el piloto del Rosario, el ver volar unas aves, aseguró que venían de Rica de Plata. En 1722 el piloto del Sacra Familia informó haber pasado a sólo setenta leguas de Rica de Oro. A su situación geográfica hizo mención una y más veces. En 1742 el piloto del galeón San Cristóbal se atrevió a situarlas a $30^{\circ} 3'$ de latitud norte y $34^{\circ} 4'$ de longitud al este del cabo Espíritu Santo. Gemelli Careri, en el diario del viaje que en 1697 hizo de Manila a Acapulco, asentó:

“...hemos visto aves marinas a todo el largo del viaje. Este día un marino capturó a un pequeño pájaro, parecido a un canario, que el viento había arrastrado, el cual no encontró otro lugar para posarse que las cuerdas del navío. El capitán tan pronto como pudo lo aprisionó en una jaula, pero el ave estaba tan extenuada por el hambre, por el cansancio, que murió el mismo día. Al pájaro le encontraron arenillas en el vientre. Este pequeño animal ha hecho filosofar al piloto mayor, a los demás pilotos y a los pasajeros, para saber de dónde pudo venir. Ellos han concluido que el ave sin duda vino de Rica de Plata, isla distante a 30 leguas hacia el sur... Los pilotos suponen que Rica de Oro y Rica de Plata, con las ínsulas que las rodean, son las islas Salomón, pero yo creo que ellas son imaginarias, pues hace mucho tiempo que se hacen estos viajes y no se han visto jamás” (IV).

En la corte de Madrid, pese a que nadie había dado con ellas, siguió la ambición de su descubrimiento, como que mucha falta hacía el oro y la plata para salvar de la ruina las arcas del rey, comprometidas en una guerra interminable en el tablero de Europa. En 1730 el rey ordenó al gobernador de Manila que le informase de ellas, como también de cuánto dinero se necesitaría



Vista del puerto de La Habana, publicada en el Libro de Viajes de Tomás Gage, impreso en Amsterdam, 1694-95

para enviar una expedición en su búsqueda. Se consultó entonces a los pilotos más capaces, entre ellos a Gerónimo Monteiro, marino portugués de largo historial en sus viajes por el Pacífico, el cual se atrevió a dar la situación geográfica de tierras que nunca había visto, al responder que Rica de Oro estaba en una latitud de 29°, 45', y a 600 leguas al noreste del cabo del Espíritu Santo. Rica de Plata estaba, según él, a 33°, 36' y a 760 leguas del Embocadero. Dijo además que los galeones en su viaje de Manila a Acapulco navegaban muy cerca de ellas.

Cuando el gobernador De la Torre informó al rey en 1740 acerca de los gastos de la expedición, los estimó en \$ 90,000.00. De la Torre fue de opinión que no se buscara más, pues los datos que de ellas se tenían eran por demás vagos y confusos. Unos pilotos las situaban en muy altas latitudes y otros en cambio cerca del Ecuador.

Que la opinión del gobernador fue tomada en cuenta en la corte de Madrid, lo demuestra la comunicación real recibida un año después, en 1741, en que se ordena no enviar ya ninguna expedición al Pacífico, en vista de la dificultad de dar con las ínsulas. El rey dispuso además que las rutas que seguían los galeones no fuesen alteradas con el fin de descubrirlas. Aún en 1768 el gobernador Aranda escribía en relación de las islas, haciendo mención una vez más del relato de los pilotos que habían creído acercarse a ellas, pero hizo también mención de la falta de datos que había para su descubrimiento.

La existencia de Rica de Oro y Rica de Plata fue una de esas leyendas que más tardó en desvanecerse: el tintineo de sus nombres y la fantasía eran más fuertes que todos los desengaños.

BIBLIOGRAFIA

- DE VIVERO, RODRIGO. *Relación del Japón*. Publicada con introducción y notas de don Manuel Romero de Terreros. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México, 1934.
- CAVO, S. J., ANDRÉS. *Los tres Siglos de México Durante el Gobierno Español*. Tomo I, México, 1836.
- CHARLEVOIX, P. *Historia del Japón y sus Misiones*. Valladolid, 1860.
- GEMELLI CARERI, GIOVANNI FRANCESCO. *Voyage du tour du monde*, tr. de l'italien par M. L. N., París, 1727.
- NÚÑEZ ORTEGA, ANGEL. *Noticias Históricas de las Relaciones Políticas y Comerciales, entre México y el Japón, Durante el siglo XVII*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. México, 1923.
- LERA, C. A. *Primeras Relaciones Oficiales entre el Japón y España, Tocantes a México*. Tokio, 1905.
- LYTLE SCHURZ, WILLIAM. *The Manila Galleon*. New York, 1959.
- OHLSON, SIRI. *Historia del Japón*. Barcelona, 1946.
- RIVA PALACIO, VICENTE. *México a Través de los Siglos*. Tomo II. Primera Edición.
- ROMERO DE TERREROS, MANUEL. *Siluetas de Antaño*. México, 1937.

INDICE

NOTA PRELIMINAR	5
INTRODUCCIÓN	7
I. Comercio con las Filipinas	13
II. Primer embajador al Japón	27
III. La aventura del capitán Rocuyemon Faxicure	43
A LA VERA DEL TEXTO	63
BIBLIOGRAFÍA	71

*Acabóse de imprimir el día 30
de mayo de 1964, en los ta-
lleres de la Editorial Jus, S. A.
Plaza de Abasco 14, Col. Gue-
rrero. México 3, D. F. El tiro
fue de 2,000 ejemplares en
Rotopipsa y 100 en Fiesta.*

Ejemplar **Nº 0803**